

men de la conciencia orienta a cada sujeto humano hacia una norma moral objetiva que encuentra su expresión concreta en el respeto de la persona del otro y en el principio de no hacerle lo que no queremos que se nos haga (41).

En esto vemos ya emerger claramente aquella moral objetiva de la que San Pablo afirma que está escrita "en los corazones" y que recibe el testimonio de la conciencia (42). El cristiano percibe allí fácilmente un rayo del Verbo creador que ilumina a todo hombre (43) y, precisamente por ser seguidor de este Verbo hecho carne, se eleva a la ley superior del Evangelio que positivamente —con el mandamiento de la caridad— le impone hacer al prójimo *todo el bien* que quiere para sí mismo. De esta manera él sella la voz íntima de su conciencia con la adhesión absoluta a Cristo y a su palabra.

Os deseo que experimentéis, tras el discernimiento de los problemas esenciales e importantes para vuestra juventud, para el proyecto de toda la vida que se abre ante vosotros, aquello de que habla el Evangelio: "Jesús, poniendo en él los ojos, le amó". ¿Deseo que experimentéis una mirada así? ¿Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor!

El mira con amor a todo hombre. El Evangelio lo confirma a cada paso. Se puede también decir que en esta "mirada amorosa" de Cristo está contenida casi como en resumen y síntesis toda la Buena Nueva. Si buscamos el principio de esta mirada, es necesario volver atrás al libro del Génesis, a aquel instante en el que, tras la creación del hombre "varón y mujer" Dios vio que "era muy bueno" (44). Esta primera mirada del Creador se refleja en la mirada de Cristo que acompaña la conversación con el joven del Evangelio.

Sabemos que Cristo confirmará y sellará esta mirada con el sacrificio redentor de la cruz, puesto que precisamente por medio de este sacrificio, aquella

"mirada" ha alcanzado una particular profundidad de amor. En ella está contenida una tal afirmación del hombre y de la humanidad de la que sólo Cristo, Redentor y Esposo, es capaz. Solamente El conoce lo que hay en el hombre (45); conoce su debilidad, pero conoce también y sobre todo su dignidad.

Deseo a cada uno y cada una de vosotros que descubráis esta mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo. No sé en qué momento de la vida. Pienso que el momento llegará cuando más falta haga; acaso en el sufrimiento, acaso también con el testimonio de una conciencia pura como en el caso del joven del Evangelio, o acaso precisamente en la situación opuesta: *junto al sentimiento de culpa*, con el remordimiento de conciencia. Cristo, de hecho, miró también a Pedro en la hora de su caída, cuando por tres veces había negado a su Maestro (46).

Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa; le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido

41) "La ley moral —dijo Confucio— no está lejos de nosotros... El hombre sabio no se equivoca mucho en lo que a la ley moral se refiere. El tiene como principio: no hagáis a los otros lo que no queráis que los otros hicieran a vosotros" (Tchung-Yung: *El justo medio*, 13). Un antiguo maestro japonés (Dengyo Daishi, llamado también Saicho, que vivió del 767 al 822 d. C.) exhorta a "olvidarse de sí mismo y a favorecer a los demás, porque ahí está el vértice de la amistad y de la compasión" (cf. W. Th. De Bary, *Sources of Japanese Tradition*, Nueva York 1958, vol. 1, pág. 127). Y, ¿cómo no recordar al Mahatma Gandhi, el cual inculcó la "fuerza de la verdad" (satyagraha) que vence sin violencia con el dinamismo propio que es intrínseco a la acción justa?

42) Cf. Rom 2, 15.

43) Cf. Jn 1, 9; Conc. Ecum. Vat. II, Declaración *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones cristianas, 2.

44) Gén 1, 31.

45) Cf. Jn 2, 25.

46) Cf. Lc 22, 61.

elegido desde la eternidad (47). Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota, cuando nuestra humanidad es casi borrada a los ojos de los hombres, es ultrajada y pisoteada; entonces la conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana. Cuando todo hace dudar de sí mismo y del sentido de la propia existencia, entonces esta mirada de Cristo, esto es, la conciencia del amor que en El se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia nos permite sobrevivir.

Os deseo, pues, que experimentéis lo que sintió el joven del Evangelio: "Jesús, poniendo en él los ojos, le amó".

"SIGUEME"

8. Del examen del texto evangélico resulta que esta mirada fue, por así decirlo, la respuesta de Cristo al testimonio que el joven había dado de su vida hasta aquel momento, o sea, haber actuado según los mandamientos de Dios: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud".

A la vez, esta "mirada de amor" fue la introducción a la fase conclusiva de la conversación. Siguiendo la redacción de Mateo, fue el mismo joven quien inició esta fase, dado que no sólo constató su fidelidad respecto a los mandamientos del Decálogo, que caracterizaba su conducta anterior, sino que contemporáneamente formuló una nueva pregunta. De hecho preguntó: "¿Qué me queda aún?" (48).

Esta pregunta es muy importante. Indica que en la conciencia moral del hom-

bre y, concretamente del hombre joven, que forma el proyecto de toda su vida, está escondida la aspiración a "algo más". Este deseo se siente de diversos modos, y podemos advertirlo también entre aquellas personas que dan la impresión de estar alejadas de nuestra religión.

Entre los seguidores de las religiones no cristianas, sobre todo del budismo, del hinduismo y del islamismo, encontramos, desde hace milenios, numerosos hombres "espirituales", que, a menudo desde la juventud, abandonan todo para vivir en estado de pobreza y de pureza en la búsqueda del Absoluto que está por encima de la apariencia de las cosas sensibles, se esfuerzan por conquistar el estado de liberación perfecta, se refugian en Dios con amor y confianza e intentan someterse de todo corazón a los designios escondidos de El. Se sienten como empujados por una misteriosa voz interior que resuena dentro de su espíritu, haciendo como eco a las palabras de San Pablo: "Pasa la apariencia de este mundo" (49), y los conduce a la búsqueda de cosas más grandes y duraderas: "Buscad las cosas de arriba" (50). Tienden con todas sus fuerzas hacia la meta, trabajando mediante un serio aprendizaje en la purificación de su espíritu, llegando a hacer a veces de la propia vida una donación de amor a la divinidad. Actuando de este modo, se convierten en un ejemplo viviente para sus contemporáneos, a los que indican con su conducta la primacía de los valores eternos sobre los fugaces y, a veces, ambiguos, ofrecidos por la sociedad en la que viven.

El deseo de la perfección, de "algo más", encuentra su explícito punto de referencia en el Evangelio. Cristo, en el sermón de la montaña, confirma toda la ley moral, en cuyo centro están las tablas mosaicas de los diez mandamientos; pero

47) Cf. Ef 1, 4.

48) Mt 19, 20.

49) 1 Cor 7, 31.

50) Col 3, 1.

al mismo tiempo da a estos mandamientos un *sentido* nuevo, *evangélico*. Todo esto se concentra —como se ha dicho precedentemente— alrededor de la caridad, no solo *como mandamiento*, sino además *como don*: "...el amor de Dios se ha derramado en vuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado" (51).

En este contexto nuevo se hace comprensible asimismo el programa de las ocho bienaventuranzas, con el que comienza el sermón de la montaña en el Evangelio según San Mateo (52).

En este mismo contexto el conjunto de los mandamientos, que constituyen el código fundamental de la moral cristiana, es completado *por el conjunto de los consejos evangélicos*, en los que se expresa y concreta, de modo especial, la llamada de Cristo a la perfección, que es una llamada a la santidad.

Cuando el joven pregunta sobre el "algo más": "¿Qué me queda aún?", Jesús lo mira con amor y este amor encuentra aquí un nuevo significado. El hombre es conducido interiormente por el Espíritu Santo *desde una vida según los mandamientos a otra vida consciente del don*, y la mirada plena de amor por parte de Cristo expresa este "paso" interior. Jesús añade: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme" (53).

¡Sí, mis queridos jóvenes! El hombre, el cristiano es capaz de *vivir conforme a la dimensión del don*. Más aún, esta dimensión no sólo es "superior" a la de las meras obligaciones morales conocidas por los mandamientos, sino que es también "más profunda" y fundamental. Esta dimensión testimonia una expresión más plena de aquel proyecto de vida que construimos ya en la juventud. La dimensión del don crea a la vez el *perfil maduro* de toda *vocación* humana y cristiana, como se dirá después.

Sin embargo, en este momento deseo

hablaros del *significado particular* de las palabras que Cristo dijo a aquel joven. Y hago esto convencido de que Cristo las dirige en la Iglesia a *algunos jóvenes* interlocutores suyos de cada generación. También de la nuestra. Aquellas palabras significan en este caso una *vocación particular* dentro de la comunidad del Pueblo de Dios. La Iglesia halla el "sígueme" de Cristo (54) al comienzo de toda llamada al servicio en el sacerdocio ministerial, que en la Iglesia Católica de rito latino está unida simultáneamente a la responsable y libre elección del celibato. La Iglesia encuentra el mismo "sígueme" de Cristo *al comienzo de la vocación religiosa* en la que, mediante la profesión de los consejos evangélicos (castidad, pobreza y obediencia), un hombre o una mujer reconocen como suyo el programa de vida *que el mismo Cristo realizó en la tierra por el reino de Dios* (55). Al emitir los votos religiosos, estas personas se comprometen a dar un testimonio concreto del amor de Dios por encima de cualquier cosa y, a la vez, de aquella llamada a la unión con Dios en la eternidad que se dirige a todos. No obstante esto, es necesario que algunos, den un testimonio excepcional de tal llamada ante los demás.

Me limito a mencionar estos temas en la presente Carta, dado que han sido ya presentados ampliamente en otro lugar y en más de una ocasión (56). Los recuerdo aquí porque en el contexto del coloquio de Cristo con el joven *adquieren una claridad particular*, especialmente el tema de la pobreza evangélica. Los recuerdo también, porque el "sígueme" de Cristo, precisamente en este sentido excepcional y carismático, se hace sentir

51) Rom 5, 5.

52) Cf. Mt 5, 3-12.

53) Mt 19, 21.

54) Cf. Mc 10, 21; Jn 1, 43; 21, 23.

55) Cf. Mt 19, 12.

56) Cf. por ejemplo, Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Redemptio hominis*: AAS 76, 1984, 513-546.

la mayoría de las veces ya en la *época de la juventud*; y, a veces, se advierte incluso en la niñez.

Esta es la razón por la que deseo decir a todos vosotros, jóvenes, en esta importante fase del desarrollo de vuestra personalidad masculina o femenina que *si tal llamada* llega a tu corazón, no la acaalles. *Deja que se desarrolle hasta la madurez de una vocación*. Colabora con esta llamada a través de la oración y la fidelidad a los mandamientos. "La mies es mucha" (57). Hay una gran necesidad de que muchos oigan la llamada de Cristo: "Sígueme". Hay una gran necesidad de que a muchos llegue la llamada de Cristo: "Sígueme". Hay una enorme *necesidad de sacerdotes* según el corazón de Dios. La Iglesia y el mundo actual tienen urgente necesidad de un *testimonio de vida entregada sin reserva a Dios*, del testimonio de este amor esponsal de Cristo, que de modo particular haga presente el reino de Dios entre los hombres y lo acerque al mundo.

Permitidme pues completar aún las palabras de Cristo el Señor *sobre la mies que es abundante*. Sí, es abundante la mies del Evangelio, la de la salvación... "pero los obreros son pocos". Tal vez hoy se note esto más que en el pasado, especialmente en algunos países, así como también en algunos institutos de vida consagrada y similares.

"Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (58), continúa diciendo Cristo. Estas palabras, especialmente en nuestro tiempo, se convierten en un programa de oración y acción en favor de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Con este programa *la Iglesia se dirige a vosotros, jóvenes*. Rogad también vosotros. Y si el fruto de esta oración de la Iglesia nace en lo íntimo de vuestro corazón, escuchad al Maestro que os dice: "Sígueme".

57) Mt 9, 37.

58) Mt 9, 37, s.

EL PROYECTO DE VIDA Y LA VOCACION CRISTIANA

9. En el Evangelio estas palabras se refieren ciertamente a la *vocación sacerdotal o religiosa*, pero al mismo tiempo, nos permiten entender más profundamente la *cuestión de la vocación* en un sentido aún más amplio y fundamental.

Se podría hablar aquí de la *vocación "de vida"*, que se identifica en cierto modo con el *proyecto de vida*, que cada uno de vosotros elabora en el período de su juventud. Sin embargo, "la vocación" dice todavía algo más que el "proyecto". En el segundo caso, es uno mismo el sujeto que elabora y esto corresponde mejor a la realidad de la persona como *sois* cada uno y cada uno de vosotros. Este "proyecto" es la "vocación", en cuanto que en ella se hacen sentir los diversos factores que *llaman*. Estos factores componen normalmente un determinado orden de valores (llamado también "jerarquía de valores"), de los que brota un ideal a realizar, que es atractivo para un corazón joven. En este proceso la "vocación" se convierte en "proyecto", y el proyecto comienza a ser también vocación.

Pero dado que nos encontramos *ante Cristo* y basamos nuestras reflexiones en torno a la juventud sobre su coloquio con el joven, es menester precisar aún mejor la relación existente entre "el proyecto de vida" en relación con la "vocación de vida". El hombre es una *criatura* y, a la vez un hijo adoptivo de Dios en Cristo: *es hijo de Dios*. Entonces la pregunta: "¿Qué me queda aún?", el hombre la hace durante la juventud no sólo a sí mismo y a las demás personas de las que espera una respuesta, especialmente a los padres y a los educadores, sino que la hace asimismo a Dios como *Creador y Padre*. El hombre se hace esta pregunta en el ámbito de aquel particular espacio interior en el que ha aprendido a estar

en estrecha relación con Dios, ante todo en la oración. El hombre pregunta pues a Dios: "¿Qué me queda aún?", ¿cuál es tu plan respecto a mi vida?, ¿cuál es tu plan creador y paterno?, ¿cuál es tu voluntad? Yo deseo cumplirla.

En este contexto el "proyecto" adquiere el significado de "vocación de vida", como algo que es *confiado* al hombre por Dios como tarea. Una persona joven, al entrar dentro de sí y a la vez al iniciar el coloquio con Cristo en la oración, desea casi leer aquel pensamiento eterno que Dios Creador y Padre tiene con ella. Entonces se convence de que la tarea que Dios le asigna es *dejada* completamente a su libertad y, al mismo tiempo está determinada por diversas circunstancias de índole interior y exterior. La persona joven, muchacho o muchacha, examinando estas circunstancias, construye su proyecto de vida y a la vez reconoce este proyecto como la *vocación a la que Dios le llama*.

Así pues, deseo confiar a todos vosotros, jóvenes destinatarios de la presente Carta, este trabajo maravilloso que se une al descubrimiento, ante Dios, de la respectiva vocación de vida. Este es un trabajo apasionante. Es un *compromiso interior* entusiasmante. Vuestra humanidad se desarrolla y crece en este compromiso mientras vuestra personalidad joven va adquiriendo la madurez interior. Os arraigáis en lo que cada uno y cada una de vosotros es, para convertirse en lo que debe llegar a ser: para sí mismo, para los hombres y para Dios.

Paralelamente al proceso de descubrir la propia "vocación de vida" debería desarrollarse la conciencia de en qué modo esta vocación de vida es al mismo tiempo una "vocación cristiana".

Hay que observar aquí que, en el período anterior al Concilio Vaticano II, el concepto de "vocación" se aplicaba *ante todo* respecto al sacerdocio y a la vida religiosa, como si Cristo hubiera dirigido al joven su "sígueme" evangélico uni-

camente para estos casos. El Concilio ha ampliado esta visual. La vocación sacerdotal y religiosa ha conservado su carácter particular y su importancia sacramental y carismática en la vida del Pueblo de Dios. Pero al mismo tiempo, la *toma de conciencia, renovada* por el Vaticano II, de la participación universal de todos los bautizados en la triple misión de Cristo (*tria munera*) profética, sacerdotal y real, así como la conciencia de la *vocación universal a la santidad* (59), hacen ciertamente que toda vocación de vida humana, al igual que la vocación cristiana, corresponda a la llamada evangélica. El "sígueme" de Cristo se puede escuchar a lo largo de distintos caminos, a través de los cuales andan los discípulos y los testigos del divino Redentor. Se puede llegar a ser imitadores de Cristo de diversos modos, o sea, *no sólo* dando testimonio del reino escatológico de verdad y de amor, sino también esforzándose por la transformación de toda la realidad temporal conforme al espíritu del Evangelio (60). Es aquí donde comienza también el apostolado de los seglares, inseparable de la esencia misma de la vocación cristiana.

Estas premisas son extremadamente importantes para el *proyecto de vida*, que corresponde al dinamismo esencial de vuestra juventud. Es preciso que examinéis este proyecto —independientemente del contenido concreto "de vida" del que se llenará— a la luz de las palabras dirigidas por Cristo al joven.

Es menester que reflexionéis también —y muy seriamente— sobre el significado del bautismo y de la confirmación. En efecto, el depósito fundamental de la vida y de la vocación cristiana está contenido en estos dos sacramentos. De ellos parte

59) Cf. Conc. Eum. Vat. II, Constit. dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 39-42.

60) Cf. Conc. Eum. Vat. II, Constit. pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 43-44.

"GRAN SACRAMENTO ESPONSAL"

10. Sobre esta vasta perspectiva que vuestro proyecto juvenil de vida adquiere en relación con la idea de la vocación cristiana, deseo dirigir la atención junto con vosotros, jóvenes destinatarios de la presente Carta, hacia el problema que, en cierto sentido, se encuentra en el centro de la juventud de todos vosotros. Este es uno de los problemas centrales de la vida humana y es, a la vez, uno de los temas centrales de reflexión, de creatividad y de cultura. Este es también uno de los principales temas bíblicos, al que personalmente he dedicado muchas reflexiones y análisis. Dios ha creado al ser humano: hombre y mujer, introduciendo con esto en la historia del género humano aquella particular "duplicidad" con una completa igualdad, si se trata de la dignidad humana, y con una complementariedad maravillosa, si se trata de la división de los atributos, de las propiedades y las tareas, unidas a la masculinidad y a la femineidad del ser humano.

Por lo tanto, éste es un tema de cuyo grabado en el mismo "yo" personal de cada uno y cada una de vosotros. La juventud es el período en el que este gran tema invade, de forma experimental y creadora, el alma y el cuerpo de cada muchacho o muchacha, y se manifiesta en el interior de la joven conciencia junto con el descubrimiento fundamental del propio "yo" en toda su múltiple potencialidad. Entonces, también en el horizonte de un corazón joven se perfila una experiencia nueva: la experiencia del amor, que desde el primer instante pide ser esculpido en aquel proyecto de vida, que la juventud crea y forma espontáneamente.

Todo esto posee cada vez su irrepetible expresión subjetiva, su riqueza afectiva e incluso, su belleza metafísica. Al mismo tiempo, en todo esto se contiene

el camino hacia la Eucaristía, que contiene la plenitud del don sacramental concedido al cristiano: toda la riqueza de la Iglesia se concentra en este Sacramento de Amor. A la vez, siempre en relación con la Eucaristía, hay que reflexionar sobre el tema del Sacramento de la Penitencia, que tiene una importancia insustituible en la formación de la personalidad cristiana, especialmente si está unida a él la dirección espiritual, es decir, una escuela sistemática de vida interior.

Sobre estas cuestiones quiero hablar brevemente, aunque cada uno de los Sacramentos de la Iglesia tiene su definida y específica referencia a la juventud y a los jóvenes. Confío en que el tema sea tratado de modo detallado por otros, especialmente por los agentes de pastoral expresamente enviados a colaborar con la juventud.

La Iglesia misma —como enseña el Concilio Vaticano II— es "como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (61). Toda vocación de vida, como vocación "cristiana", está arraigada en la sacramentalidad de la Iglesia: se forma, por lo tanto, mediante los sacramentos de nuestra fe. Son los que nos permiten, desde la juventud, abrir nuestro "yo" humano a la acción salvífica de Dios, es decir, de la Santísima Trinidad. Nos permiten participar en la vida de Dios, viviendo al máximo una vida humana auténtica. De esta manera, la vida humana adquiere una dimensión nueva y, a la vez, su originalidad cristiana: la conciencia de las exigencias impuestas al hombre por el Evangelio se completa por la toma de conciencia de aquel don, que supera todo. "Si conocieras el don de Dios" (62), dijo Cristo en su coloquio con la samaritana.

61) Conc. Eum. Vat. II, Constit. dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

62) Jn 4, 10.

una poderosa *exhortación* a no falsear esta expresión, a no destruir esa riqueza y desfigurar esa belleza. Estad convencidos de que esta llamada viene *del mismo Dios*, que ha creado el ser humano "a su imagen y semejanza", concretamente "como hombre y mujer". Esta llamada brota *del Evangelio* y se hace notar *en la voz de las jóvenes conciencias* si éstas han conservado su sencillez y limpieza: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (63). Sí. *A través de aquel amor* que nace en vosotros —y quiere ser esculpido en el proyecto de toda la vida— debéis ver a Dios que es amor (64).

Por lo tanto os pido *que no interrumpáis el diálogo con Cristo* en esta fase extremadamente importante de vuestra juventud, más aún, os pido que os empeñéis todavía más. Cuando Cristo dice "sígueme", su llamada *puede significar*: "Te llamo aún a otro amor"; *pero muchas veces significa*: "sígueme" a Mí que soy el esposo de la Iglesia, mi esposa...; ven, conviértete tú también en el marido de tu mujer..., conviértete en la esposa de tu marido. *Convertíos ambos en participantes* de aquel misterio, *de aquel sacramento*, del cual en la *Carta a los Efesios* se dice que es grande; grande "referente a Cristo y a la Iglesia" (65).

Mucho depende del hecho de que vosotros, también en este camino sigáis a Cristo; que no huyáis de El mientras tenéis este problema que consideraréis justamente *el gran acontecimiento de vuestro corazón*, un problema que existe en vosotros y entre vosotros. Deseo que creáis y os convenzáis de que este gran problema tiene su *dimensión definitiva en Dios*, que es amor; en Dios, que en la unidad absoluta de su divinidad, es a la vez una comunión de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Deseo que creáis y os convenzáis de que este vuestro "gran misterio" humano tiene su *origen en Dios que es el Creador*, que está arraigado en Cristo Redentor, que como el esposo "se

ha donado totalmente", y a todos los esposos y esposas *enseña a "donarse"* de acuerdo con la plena capacidad de la dignidad personal de cada uno y cada una. Cristo nos enseña el amor esponsal.

"Emprender el camino de la vocación matrimonial significa *aprender el amor esponsal* día tras día, año tras año; el amor según el alma y el cuerpo, el amor que "es longánime, es benigno, que *no busca lo suyo...* todo lo excusa"; el amor, que "se complace en la verdad", el amor que "todo lo tolera" (66).

Vosotros, jóvenes, precisamente tenéis necesidad de este amor si vuestro futuro matrimonio debe "*superar*" la *prueba de toda la vida*. Y, en concreto, esta prueba forma parte de la esencia misma de la vocación que, a través del matrimonio, intentáis grabar en el proyecto de vuestra vida.

Por ello, *no ceso de pedir a Cristo y a la Madre del Amor Hermoso* por el amor que nace en los corazones jóvenes. Muchas veces durante mi vida me ha sido posible acompañar, en cierto modo, más de cerca este amor de los jóvenes. Gracias a esta experiencia he comprendido *cuán esencial es el problema* que tratamos aquí, cuán importante y grande es. Pienso que el futuro del hombre se decide en buena medida por los caminos de este amor, inicialmente juvenil *que tú y ella... o tú y él* descubris a lo largo de vuestra juventud. Esta es —puede decirse— una gran aventura, pero es también una gran tarea.

Hoy los *principios de la moral cristiana* matrimonial son presentados de modo desfigurado en muchos ambientes. Se intenta imponer a ambientes y hasta a sociedades enteras *un modelo que se autoproclama "progresista"* y "moderno". No se advierte entonces que

63) Mt 5,8.

64) Cf. 1 Jn 4, 8. 16.

65) Cf. Ef 5, 32.

66) Cf. 1 Cor 13, 4. 5. 6. 7.

HERENCIA

11. En el vasto ámbito en el que el proyecto de vida, formado durante la juventud, se encuentra con "los demás", hemos analizado el punto más neurálgico. Pensemos aún que este punto central, en el que nuestro "yo" personal se abre a la vida "con los demás" y "para los demás" en la alianza matrimonial, encuentra una palabra muy significativa en la Sagrada Escritura: "*El hombre dejará a su padre y a su madre; y se unirá a su mujer*" (67).

La palabra "dejará" merece una atención particular. La historia de la humanidad pasa desde el comienzo —y pasará hasta el final— *a través de la familia*. El ser humano forma parte de ella mediante el nacimiento que debe a sus padres: al padre y a la madre, para *dejar* en el momento oportuno este primer ambiente de vida y amor y *pasar a otro nuevo*. "Al dejar al padre y a la madre", cada uno y cada una de vosotros contemporáneamente, en cierto sentido, *los lleva dentro consigo*, asume la *herencia* múltiple, que tiene su comienzo directo y su fuente en ellos y en sus familias. De este modo, aún marchando, cada uno de vosotros *permanece*; la herencia que asume lo vincula establemente con aquellos que se la han transmitido y a los que debe tanto. Y el mismo, —ella o él— seguirá transmitiendo la misma herencia. De ahí que el cuarto mandamiento del Decálogo posea tan gran importancia: "Honra a tu padre y a tu madre" (68).

Se trata aquí, ante todo, *del patrimonio de ser hombre* y, sucesivamente, de ser hombre en una más definida situación personal y social. Tiene su cometido en esto hasta la semejanza física con los padres. Más importante todavía es todo el *patrimonio cultural*, en cuyo centro se encuentra casi a diario *la lengua*. Los padres han enseñado a cada uno de vosotros a hablar aquella lengua que constituye la

en este modelo el ser humano, y sobre todo quizá la mujer, es transformado de sujeto en objeto (objeto de una manipulación específica), y todo el gran *contenido del amor* es reducido a mero "placer", el cual, aunque toque a ambas partes, no deja de ser egoísta en su esencia. Finalmente, *el niño*, que es fruto y encarnación nueva del amor de los dos, se convierte cada vez más en "*una añadidura fastidiosa*". La civilización materialista y consumista penetra en este maravilloso conjunto del amor conyugal —paterno y materno—, y lo despoja de aquel *contenido profundamente humano*, que, desde el principio, llevó una señal y un reflejo divino.

¡Queridos jóvenes amigos! *¡No os dejéis arrebatar esta riqueza!* No grabéis un contenido deformado, empobrecido y falseado en el proyecto de vuestra vida: el amor "se complace en la verdad". *Buscadla* donde se encuentra de veras. Si es necesario, sed decididos en ir contra la corriente de las opiniones que circulan y de los "sloganes" propagandísticos. *No tengáis miedo del amor, que presenta exigencias precisas al hombre*. Estas exigencias —tal como las encontráis en la enseñanza constante de la Iglesia— son capaces de convertir vuestro amor en un amor verdadero.

Y si tengo que hacerlo en algún lugar, deseo repetir aquí de modo especial el deseo formulado al comienzo, es decir, que estéis "*siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere*". La Iglesia y la humanidad os confían el gran problema del amor sobre el que se basa el matrimonio, la familia; es decir, el futuro. Esperan que *sabréis hacerlo renacer*; esperan que sabréis hacerlo hermoso, humana y cristianamente. Un amor humana y cristianamente grande, maduro y responsable.

67) Gén 2, 24; cf. Mt 19, 5.

68) Ex 20, 12; Dt 5, 16; Mt 15, 4.

expresión esencial del vínculo social con los demás hombres. Ello está determinado por límites más amplios que la familia misma o bien que un determinado ambiente. Estos son, por lo menos, los límites de una tribu y la mayoría de las veces los confines de un pueblo o de una nación, en la que habéis nacido.

La herencia familiar se extiende de este modo. A través de la educación familiar participáis en una cultura concreta, *participáis también en la historia* de vuestro pueblo o nación. El vínculo familiar significa la pertenencia común a una comunidad más amplia que la familia, y a la vez otra base de identidad de la persona. Si la familia es la primera educadora de cada uno de vosotros, al mismo tiempo —mediante la familia— es un elemento educativo la tribu, el pueblo o la nación con la que estamos unidos por la unidad cultural, lingüística e histórica.

Este patrimonio constituye también una llamada en el sentido ético. Al recibir la fe y heredar los valores y contenidos que componen el conjunto de la cultura de su sociedad, de la historia de su nación, cada uno y cada una de vosotros recibe una dotación espiritual en su humanidad individual. Tiene aplicación aquí la parábola de los talentos que recibimos del Creador a través de nuestros padres, de nuestras familias y también de la comunidad nacional a la que pertenecemos. Respecto a esta herencia no podemos mantener una actitud pasiva o incluso de renuncia, como hizo el último de los siervos que menciona la parábola de los talentos (69).

Debemos hacer todo lo que está a nuestro alcance para *asumir* este patrimonio espiritual, *para confirmarlo, mantenerlo e incrementarlo*. Esta es una tarea importante para todas las sociedades, de manera especial quizás para aquellas que se encuentran al comienzo de su existencia autónoma, o bien para aquellas que deben defender su propia existencia y la identidad esencial de su nación ante el

peligro de destrucción desde el exterior o de descomposición desde el interior.

Al escribiros, jóvenes, trato de tener presente ante mis ojos la situación compleja y diversa de las tribus, de los pueblos, y de las naciones en nuestro mundo. Vuestra juventud y el proyecto de vida, que cada uno y cada una de vosotros elabora durante la juventud, están desde el primer instante *insertos en la historia* de estas sociedades diversas, y esto sucede no "desde el exterior", sino principalmente "desde el interior". Esto se convierte para vosotros en una cuestión de conciencia familiar, y consiguientemente, nacional: es una cuestión de corazón, una cuestión de conciencia. El concepto de "patria" se desarrolla mediante una inmediata contigüidad con el concepto de "familia" y, en cierto sentido se desarrolla el uno dentro del ámbito del otro. Vosotros, de forma gradual, al experimentar este vínculo social, que es más amplio que el familiar, comenzáis a participar también en la responsabilidad por el bien común de aquella familia más amplia, que es la "patria" terrena de cada uno y de cada una de vosotros. Las figuras preclaras de la historia, antigua o contemporánea, de una nación guían también vuestra juventud y favorecen el desarrollo de aquel amor social que se llama a menudo "amor patrio".

TALENTOS Y TAREAS

12. En este contexto de la familia y la sociedad que es vuestra patria, se inserta gradualmente un tema relacionado muy de cerca con la parábola de los talentos. En efecto, vosotros reconocéis progresivamente aquel "talento" o aquellos "talentos", que son propiedad de cada uno y cada una de vosotros, y comenzáis a servirlos de ellos de modo creativo, comenzáis a multiplicaros. Esto se realiza por medio del trabajo.

69) Cf. Mt 25, 14-30; Lc 19, 12-26.

¿Qué escala tan grande de posibles direcciones, capacidades e intereses existe en este campo! No es mi intención enumerarlos aquí, ni siquiera a modo de ejemplo, porque existe el riesgo de omitir más de los que tomemos en consideración. Presupongo por consiguiente toda la variedad y multiplicidad de direcciones. Ella demuestra también la múltiple riqueza de descubrimientos que la juventud conlleva. Si hacemos referencia al Evangelio, se puede decir que la juventud es el tiempo del discernimiento de los talentos. Y es a la vez el tiempo en el que se entra en los múltiples caminos, a través de los cuales se han desarrollado y siguen desarrollándose toda la actividad humana, el trabajo y la creatividad.

Deseo a todos vosotros que os descubráis a vosotros mismos a lo largo de estos caminos. Os deseo que entréis en ellos con interés, diligencia y entusiasmo. El trabajo —toda clase de trabajo— está unido a la fatiga: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan" (70), y esta experiencia de cansancio es participada por cada uno y cada una de vosotros desde los primeros años. Sin embargo, el trabajo, a la vez, forma al hombre de modo específico y en cierto modo lo crea. Por lo tanto, se trata también de una fatiga creativa.

Esto no se refiere sólo al trabajo de investigación o, en general, al trabajo intelectual de tipo cognoscitivo, sino también a los trabajos ordinarios de índole física, que aparentemente no tienen en sí nada de "creativo".

El trabajo, que es característico del período de la juventud, constituye ante todo una preparación al trabajo de la edad madura y, por ello, está unido a la escuela. Por lo tanto, mientras escribo estas palabras a vosotros, queridos jóvenes, pienso en todas las escuelas existentes en el mundo a las que vuestra joven existencia está unida durante varios años, en los diversos y sucesivos niveles, según el grado de desarrollo mental y la orienta-

ción de las propias inclinaciones: desde la escuela elemental hasta la universidad. Pienso asimismo en todas las personas adultas, mis hermanos y hermanas, que son vuestros maestros, vuestros educadores, guías de las mentes y caracteres jóvenes. ¡Cuán grande es su misión! ¡Qué responsabilidad particular la suya! ¡Pero qué grande es también su mérito!

Finalmente pienso en aquellos sectores de la juventud, de vuestros coetáneos y coetáneas, que —de manera especial en algunas sociedades y en algunos ambientes— carecen de la posibilidad de la instrucción y la educación. Este hecho constituye un desafío permanente a todas las instituciones responsables, tanto a escala nacional como internacional, para que se someta a las mejoras necesarias tal estado de cosas. En efecto, la instrucción es uno de los bienes fundamentales de la civilización humana. Aquella tiene una importancia particular para los jóvenes. De ella depende también en gran medida el futuro de toda sociedad.

Pero cuando nos planteamos el problema de la instrucción, del estudio, de la ciencia y de la escuela, surge un problema de importancia fundamental para el hombre y especialmente para el joven. Es el problema de la verdad. La verdad es la luz de la inteligencia humana. Si desde la juventud la inteligencia humana intenta conocer la realidad en sus distintas dimensiones, esto lo hace con el fin de poseer la verdad: para vivir de la verdad. Tal es la estructura del espíritu humano. El hambre de verdad constituye su aspiración y expresión fundamental.

Cristo dice: "Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (71). De las palabras contenidas en el Evangelio, éstas ciertamente están entre las más importantes. Se refieren, en efecto, al hombre en su totalidad. Explican el fundamento so-

70) Gén 3, 19.

71) Jn 8, 32.

bre el que se edifican desde dentro, en la dimensión del espíritu humano, la dignidad y la grandeza propias del hombre. El conocimiento que libera al hombre no depende únicamente de la instrucción, aunque sea universitaria; puede poseerlo también un analfabeto; no obstante esto, la instrucción, como conocimiento sistemático de la realidad, debería servir a esta dignidad y grandeza. Por lo tanto, debería servir a la verdad.

El servicio de la verdad se realiza también en el trabajo que seréis llamados a desarrollar una vez finalizado el programa de vuestra instrucción. Debéis adquirir en la escuela las capacidades intelectuales, técnicas y prácticas que os permitan ocupar útilmente vuestro lugar en el gran taller del trabajo humano. Pero aún siendo verdad que la escuela debe preparar al trabajo, incluso al manual, es también verdad que *el trabajo es en sí una escuela de grandes e importantes valores*: posee tal elocuencia, que aporta una contribución válida a la cultura humana.

Sin embargo, en la relación existente entre la instrucción y el trabajo que caracteriza a la sociedad actual, emergen problemas gravísimos de orden práctico. Me refiero en particular al problema del desempleo y, más en general, a la falta de puestos de trabajo que acucia, de modos diversos, a las jóvenes generaciones del mundo entero. Este problema —lo sabéis bien— conlleva otras preguntas que desde los años de la escuela proyectan una sombra de inseguridad sobre vuestro futuro. Vosotros os preguntáis: ¿Tiene la sociedad necesidad de mí? ¿podré encontrar un trabajo adecuado que me permita ser independiente, formarme una familia con unas condiciones dignas de vida y, ante todo, de tener mi propia casa? En una palabra: ¿Es verdad que la sociedad espera mi aporte?

La gravedad de estos interrogantes me apremia a recordar también en esta circunstancia a los gobernantes y a todos los responsables de la economía y del de-

sarrollo de las naciones que *el trabajo es un derecho del hombre* y, por consiguiente, debe ser garantizado dedicando a ello los cuidados más asiduos y poniendo en el centro de la política económica la preocupación por crear unas posibilidades adecuadas de trabajo para todos y principalmente para los jóvenes, que con tanta frecuencia sufren hoy ante la plaga del desempleo. Todos estamos convencidos de que *“el trabajo es un bien del hombre —es un bien de su humanidad— porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido se hace más hombre”* (72).

LA AUTOEDUCACIÓN Y LAS AMENAZAS

13. Lo que se refiere a la escuela como institución y como ambiente comprende en sí, antes que nada, a la juventud. Pero podríamos decir que la elocuencia de las palabras, antes mencionadas, de Cristo sobre la verdad, mira más aún a los jóvenes mismos. En efecto, aunque no hay duda de que la familia educa y de que *la escuela instruye y educa*, al mismo tiempo, tanto la acción de la familia como de la escuela, quedará incompleta y podría incluso ser estéril, si cada uno y cada una de vosotros, jóvenes, no emprende por sí mismo la obra de la propia educación. La educación familiar y escolar deben procuraros sólo algunos elementos para la obra de la auto-educación.

En este campo las palabras de Cristo: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” vienen a ser un programa esencial. Los jóvenes —si nos podemos expresar así— tienen un congénito “sentido

de la verdad”. Y la verdad debe servir para la libertad: los jóvenes tienen también un espontáneo “deseo de libertad”. ¿Qué significa ser libre? Significa saber usar la propia libertad en la verdad, ser “verdaderamente” libres. Ser verdaderamente libres no significa en modo alguno hacer todo aquello que me gusta o tengo ganas de hacer. La libertad contiene en sí el criterio de la verdad, la disciplina de la verdad. Ser verdaderamente libres significa *usar la propia libertad para lo que es un bien verdadero*. Continuando, pues, hay que decir que ser verdaderamente libres significa ser hombre de conciencia recta, ser responsable, ser un hombre “para los demás”.

Todo esto constituye el núcleo interior mismo de lo que llamamos educación y, ante todo, de lo que llamamos autoeducación. Sí, autoeducación. En efecto, una tal estructura interior, en la que “la verdad nos hace libres” no puede ser construida solamente “desde fuera”. Cada uno ha de construirla “desde dentro”; *edificarla con esfuerzo, con perseverancia y paciencia* (lo cual no siempre es tan fácil para los jóvenes). El Señor Jesús habla también de esto cuando subraya que sólo “con la perseverancia” podemos “salvar nuestras almas” (73), “Salvar la propia alma”: he aquí el fruto de la autoeducación.

Todo esto implica un modo nuevo de ver la juventud. No se trata aquí ya del simple proyecto de vida que debe ser realizado en el futuro. Este se realiza ya en la fase de la juventud si nosotros, mediante el trabajo, la instrucción y especialmente mediante la autoeducación, creamos la vida misma construyendo el fundamento del sucesivo desarrollo de nuestra personalidad. En este sentido se puede decir que “la juventud es la escultora que esculpe toda la vida” y la forma que ella confiere a la concreta humanidad de cada uno y de cada una de vosotros se consolida en toda la vida.

Si esto tiene un importante significado

positivo, por desgracia puede tener también un importante significado negativo. No podéis taponar los ojos ante las amenazas que os acechan durante el período de la juventud. También ellas pueden dejar su señal en toda la vida.

Quiero aludir, por ejemplo, a la tentación del criticismo exasperado que pretende discutir todo y revisar todo; o del escepticismo respecto de los valores tradicionales de donde fácilmente se puede desembocar en una especie de cinismo desaprensivo cuando se trata de afrontar los problemas del trabajo, de la carrera o del mismo matrimonio. Y, ¿cómo callar ante la tentación que representa el difundirse —sobre todo en los países más prósperos— de un mercado de la diversión que aparta de un compromiso serio en la vida y educa a la pasividad, al egoísmo y al aislamiento? Os amenaza, amadísimos jóvenes, el mal uso de las técnicas publicitarias, que estimula la inclinación natural a eludir el esfuerzo, prometiéndolo la satisfacción inmediata de todo deseo, mientras que el consumismo, unido a ellas, sugiere que el hombre busca realizarse a sí mismo sobre todo en el disfrute de los bienes materiales. ¿Cuántos jóvenes, conquistados por la fascinación de engañosos espejismos se abandonan a las fuerzas incontroladas de los instintos o se aventuran por caminos aparentemente ricos en promesas, pero en realidad privados de perspectivas auténticamente humanas! Siento la necesidad de repetir aquí cuanto escribí en el mensaje que a vosotros precisamente he dedicado para la *Jornada mundial de la Paz*: “Algunos de vosotros podéis sentirnos tentados a huir de vuestra responsabilidad; en los ilusorios mundos del alcohol y de la droga, en efímeras relaciones sexuales sin compromiso matrimonial o familiar, en la indiferencia, el cinismo y hasta la violencia. Estad alerta contra el fraude de un mundo que quiere

72) Juan Pablo II, Encicl. *Laborem exercens*. 9: AAS 73, 1981, 599 s.

73) Cf. Lc 21, 19.

explotar o dirigir mal vuestra energía y ansiosa búsqueda de felicidad y orientación" (74).

Os escribo todo esto para expresar la viva preocupación que siento por vosotros. Si, en efecto, debéis estar "siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere", entonces *todo lo que amenaza* esta esperanza debe suscitar preocupación. Y a todos aquellos que con tentaciones o ilusiones de signo vario intentan destruir vuestra juventud, no puedo menos de recordar *las palabras de Cristo* cuando habla del escándalo y de aquellos que lo provocan: "Ay de aquel por quien vengan los escándalos. Mejor fuera que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojaran al mar antes que escandalizar a uno de estos pequeños" (75).

¡Palabras severas! Particularmente graves en la boca de aquel que vino a revelar el amor. Pero quien lee atentamente estas palabras del Evangelio, debe sentir cuán profunda es la *antítesis entre el bien y el mal, entre la juventud y el pecado*. El debe darse cuenta de modo aún más claro de la importancia que tiene a los ojos de Cristo la *juventud de cada uno y cada uno de vosotros*. Ha sido precisamente el amor por los jóvenes el que ha dictado estas severas y graves palabras. Ellas contienen como un eco lejano del coloquio evangélico de Cristo con el joven, al cual la presente Carta se refiere constantemente.

LA JUVENTUD COMO "CRECIMIENTO"

14. Permitidme que termine esta parte de mis consideraciones recordando las palabras con las que el Evangelio habla de la *juventud misma de Jesús de Nazaret*. Estas son breves, aunque abarcan el período de treinta años transcurridos por El en el hogar familiar al lado de María y José, el carpintero. El Evangelista Lu-

cas escribe: *Jesús crecía (o progresaba) en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres*" (76).

Así pues, la *juventud es un "crecimiento"*. A la luz de todo lo que se ha dicho hasta ahora sobre este tema, tal palabra evangélica parece ser particularmente *sintética y sugestiva*. El crecimiento "en edad" se refiere a la relación natural del hombre con el tiempo; este crecimiento es como una *etapa "ascendente"* en el conjunto del pasar humano. A éste corresponde todo el desarrollo sicofísico; es el crecimiento de todas las energías, *por medio de las cuales se constituye la normal individualidad*. Pero es necesario que a este proceso corresponda el crecimiento "en sabiduría y en gracia".

A todos vosotros, queridos jóvenes amigos, deseo precisamente tal "crecimiento". Puede decirse que *por medio de éste la juventud es precisamente la juventud*. De este modo ella adquiere su característica propia e irrepetible. De este modo ella llega a cada uno y cada una de vosotros, en la experiencia personal y a la vez comunitaria, como un *valor especial*. Y de manera parecida, ella se consolida también en la experiencia de los hombres adultos, que ya tienen la juventud detrás de sí, y que de la etapa "ascendente" van pasando a la "descendente" haciendo el balance global de la vida.

Conviene que la juventud sea un "crecimiento" que lleve consigo la *acumulación gradual de todo lo que es verdadero, bueno y bello*, incluso cuando ella esté unida "desde fuera" a los sufrimientos, a la pérdida de personas queridas y a toda la experiencia del mal, que incesantemente se hace sentir en el mundo en que vivimos.

Es necesario que la juventud sea un

74) Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz, 1985, n. 3: AAS 77, 1985, 163.

75) Lc 17, 1 s.

76) Lc 2, 52.

"crecimiento". Para ello es de enorme importancia el *contacto con el mundo visible, con la naturaleza*. Esta relación nos enriquece durante la juventud de modo distinto al de la ciencia sobre el mundo "sacada de los libros". Nos enriquece de manera directa. Se podría decir que, permaneciendo en contacto con la naturaleza, nosotros asumimos en nuestra existencia humana *el misterio mismo de la creación*, que se abre ante nosotros con inaudita riqueza y variedad de seres visibles, y al mismo tiempo invita constantemente hacia lo que está escondido, que es invisible. La *sabiduría* —ya sea por boca de los libros inspirados (77), como por el testimonio de muchas mentes geniales— parece *poner en evidencia* de diversos modos "la *transparencia del mundo*". Es bueno para el hombre leer en este libro admirable, que es el "libro de la naturaleza", abierto de par en par para cada uno de nosotros. Lo que una mente joven y un corazón joven leen en él parece estar *sincronizado* profundamente con la *exhortación a la Sabiduría*: "Adquiere la sabiduría, compra la inteligencia... No la abandones y te guardará; ámalala y ella te custodiará" (78).

El hombre actual especialmente en el ámbito de la civilización técnica e industrial altamente desarrollada, ha llegado a ser en gran escala el explorador de la naturaleza, tratándola no pocas veces de manera utilitaria, destruyendo así muchas de sus riquezas y atractivos y contaminando el *ambiente natural* de su existencia terrena. La naturaleza, en cambio, ha sido dada al hombre como objeto de admiración y contemplación, como un gran espejo del mundo. Se refleja en ella la *alianza del Creador con su criatura*, cuyo centro ya desde el principio se encuentra en el hombre, creado directamente "a imagen" de su Creador.

Por esto deseo también a vosotros, jóvenes, que vuestro crecimiento "en edad y sabiduría" tenga lugar mediante el contacto con la naturaleza. ¡Buscad tiempo

para ello! ¡No lo escatiméis! *Aceptad también la fatiga y el esfuerzo* que este contacto supone a veces, especialmente cuando deseamos alcanzar objetivos particularmente importantes. Esta fatiga es creativa, y constituye a la vez el elemento de un *sano descanso* que es necesario, igual que el estudio y el trabajo.

Esta fatiga y este esfuerzo poseen también su calificación bíblica, especialmente en San Pablo, que compara toda la vida cristiana a una *competición en el estadio deportivo* (79).

A cada una y a cada uno de vosotros son necesarios esta fatiga y este esfuerzo, en los que no sólo se temple el cuerpo, sino que el hombre entero prueba el gozo de dominarse y de *superar los obstáculos y resistencias*. Ciertamente, éste es uno de los elementos del "crecimiento" que caracteriza la juventud.

Os deseo, también, que este "crecimiento" tenga lugar a través del contacto con *las obras del hombre* y, más aún, con *los hombres vivos*. ¡Cuántas son las obras que los hombres han realizado en la historia! ¡Cuán grande es su riqueza y variedad! La juventud parece ser particularmente sensible a la verdad, al bien y a la belleza, que están contenidas en las obras del hombre. Permaneciendo en contacto con ellas en el terreno de tantas culturas diversas, de tantas artes y ciencias, nosotros *aprendemos la verdad sobre el hombre* (expresada tan sugestivamente también en el *Salmo* 8), la verdad que es capaz de formar y de profundizar la humanidad de cada uno de nosotros.

De manera particular, sin embargo, estudiamos al hombre teniendo *relaciones con los hombres*. Conviene que la juventud os permita crecer "en sabiduría" me-

77) Cf. por ejemplo, Sal 104/103; 19/18; Sab 13, 1-9; 7, 15-20.

78) Prov 4, 5 s.

79) Cf. 1 Cor 9, 24-27.

diente este contacto. Este es, en efecto, el tiempo en que se establecen nuevos contactos, *compañías y amistades*, en un ámbito más amplio que el de la familia. Se abre el gran campo de la experiencia, que posee no sólo una importancia cognoscitiva, sino al mismo tiempo educativa y ética. Toda esta experiencia de la juventud será útil, cuando produzca en cada uno y cada una de vosotros también el sentido crítico y, ante todo, la *capacidad de discernimiento* en todo aquello que es humano. Feliz será esta experiencia de la juventud, si gradualmente aprendéis de ella aquella esencial *verdad sobre el hombre* —sobre cada hombre y sobre uno mismo—, la verdad que es sintetizada así en el insigne texto de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*: "El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (80).

Así aprendamos a conocer a los hombres para ser más plenamente hombres mediante la capacidad de "darse", de ser hombre "*para los demás*". Esta verdad sobre el hombre —esta antropología— encuentra su *culmen* inalcanzable en *Jesús de Nazaret*. Por esto es tan importante también su adolescencia, mientras "crece en sabiduría... y gracia ante Dios y ante los hombres".

Os deseo este "crecimiento" mediante el contacto con Dios. Puede ayudar para ello —indirectamente— también el contacto con la naturaleza y con los hombres; pero de modo directo ayuda en ello especialmente la oración. ¡Orad y aprended a orar! Abrid vuestros corazones y vuestras conciencias ante Aquel que os conoce mejor que vosotros mismos. ¡Hablad con El! Profundidad en la Palabra del Dios vivo, leyendo y meditando la Sagrada Escritura.

Estos son los *métodos y medios* para acercarse a Dios y tener contacto con El. Recordad que se trata de una relación recíproca. *Dios responde* también con la

más "gratuita entrega de Sí mismo", don que en el lenguaje bíblico se llama "gracia". ¡Tratad de vivir en gracia de Dios!

Esto por lo que se refiere al tema del "crecimiento", del que escribo señalando solamente los principales problemas; cada uno de ellos es susceptible de una discusión más amplia. Espero que esto tenga lugar en los diversos *ambientes juveniles* y grupos, en los movimientos y en las organizaciones, que son tan numerosas en los distintos países y en cada continente, mientras cada uno es guiado por su propio método mismo de *trabajo formativo y de apostolado*. Estos organismos, con la participación de los Pastores de la Iglesia, desean indicar a los jóvenes el camino de aquel "crecimiento" que constituye, en cierto sentido, la *definición evangélica de la juventud*.

EL GRAN DESAFÍO DEL FUTURO

15. La Iglesia mira a los jóvenes; es más, la Iglesia de manera especial *se mira a sí misma en los jóvenes*, en todos vosotros y a la vez en cada una y cada uno de vosotros. Así ha sido desde el principio, desde los tiempos apostólicos. Las palabras de San Juan en su *primera Carta* pueden ser un singular testimonio: "Os escribo, *jóvenes*, porque *habéis vencido al maligno*. Os he escrito a vosotros, hijos míos, porque *conocéis al Padre*... Os he escrito, *jóvenes*, porque *sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros*" (81).

Las palabras del Apóstol se suman a la conversación evangélica de Cristo con el joven, y resuenan con un eco potente de *generación en generación*.

80) Conc. Eum. Vat. II, Const. pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24.

81) 1 Jn 2, 13 s.

En nuestra generación, al final del segundo milenio después de Cristo, también la Iglesia se mira a sí misma en los jóvenes. Y, *¿cómo se mira a sí misma la Iglesia?* Sea un testimonio particular de ello la enseñanza del Concilio Vaticano II. La Iglesia se ve a sí misma como "*un sacramento*, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (82). Y por tanto se ve a sí misma en las dimensiones universales. Se ve a sí misma en el camino del *ecumenismo*, es decir, de la unión de todos los cristianos, por la que Cristo mismo oró y que es de una urgencia indiscutible en nuestro tiempo. Se ve a sí misma también en el diálogo con los seguidores de las *religiones no cristianas* y con todos los hombres de buena voluntad. Tal diálogo es un diálogo de salvación, el cual debe favorecer también la paz en el mundo y la justicia entre los hombres.

Vosotros, jóvenes, sois la esperanza de la Iglesia que precisamente de este modo se ve a sí misma y ve su *misión en el mundo*. Ella os habla de esta misión. Ello ha sido expresado en el reciente Mensaje del 1 de enero de 1985, para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. Este Mensaje ha sido dirigido precisamente a vosotros con la convicción de que "el camino de la paz es a la vez el camino de los jóvenes" (*La paz y los jóvenes caminan juntos*). Esta convicción es una llamada y al mismo tiempo un compromiso; una vez más se trata de estar "siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere", sobre la esperanza que está unida a vosotros. Como véis, esta esperanza mira hacia cuestiones fundamentales y a la vez universales.

Todos vivís cada día con vuestros seres queridos. Sin embargo, este círculo se *amplía* gradualmente. Un número cada vez mayor de personas participa en vuestra vida, y vosotros mismos descubrís los indicios de la comunión que os une a

ellos. Casi siempre ésta es una *comunidad*, de alguna manera *diferenciada*. Es diferenciada, como entreveía y declaraba el Concilio Vaticano II, en su Constitución dogmática sobre la Iglesia y en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual. Vuestra juventud se forma a veces en *ambientes uniformes* desde el punto de vista de las confesiones, a veces *diferenciados* en lo religioso o incluso al límite entre fe y no creencia, ya sea bajo forma de agnosticismo o de ateísmo presentado de diversos modos.

Sin embargo, parece que ante algunos problemas estas múltiples y diferenciadas comunidades de jóvenes sienten, piensan y reaccionan de manera *muy parecida*. Por ejemplo, parece que los une a todos ellos una actitud similar ante el hecho de que centenares de miles de hombres viven en extrema miseria e incluso mueren de hambre, mientras simultáneamente se emplean cifras vertiginosas en la producción de armas nucleares, cuyos arsenales ya en el momento presente son capaces de provocar la autodestrucción de la humanidad. Hay también otras *tensiones y amenazas* parecidas, a escala hasta ahora desconocida en la historia de la humanidad. De esto se habla en el citado Mensaje de Año Nuevo; por tanto, no repito tales problemas. Todos somos conscientes de que en el horizonte de la existencia de miles de millones de personas, que forman la familia humana de finales del segundo milenio después de Cristo, parece perfilarse la *posibilidad de calamidades y de catástrofes* de una magnitud verdaderamente apocalíptica.

En tal situación vosotros, jóvenes, podéis preguntar justamente a las generaciones anteriores: ¿Por qué se ha llegado a esto? ¿Por qué se ha alcanzado tal grado de amenaza contra la humanidad en nuestro planeta? ¿*Cuáles son las causas* de la injusticia que hiere nuestra vista? ¿Por

82) Conc. Eum. Vat. II, Const. dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

qué tantos mueren de hambre? ¿Por qué tantos millones de prófugos en diversas fronteras? ¿Tantos casos en los que son vilipendiados los derechos elementales del hombre? ¿Tantas cárceles y campos de concentración, tanta violencia sistemática y muertes de personas inocentes, tantos maltratamientos al hombre y torturas, tantos tormentos infligidos a los cuerpos humanos y a las conciencias humanas? En medio de todo esto encontramos también hombres aún jóvenes, que tienen sobre la conciencia tantas víctimas inocentes, porque se les ha inculcado la convicción de que sólo por este medio —el del terrorismo programado— se puede mejorar el mundo. Vosotros una vez más preguntáis: ¿Por qué?

Vosotros, jóvenes, podéis preguntarnos todo esto, es más, debéis hacerlo. Se trata, ciertamente, del mundo en que vivís hoy, y en el que deberéis vivir mañana, cuando la generación de edad más madura habrá pasado. Con razón, pues, preguntáis: ¿Por qué un progreso tan grande de la humanidad —que no puede compararse con ninguna época anterior de la historia— en el campo de la ciencia y de la técnica; por qué el progreso en el dominio de la materia por parte del hombre se dirige en tantos aspectos contra el hombre? Justamente preguntáis también, aún con miedo interior: ¿Es quizás irreversible este estado de cosas? ¿Puede ser cambiado? ¿Podremos cambiarlo nosotros?

Vosotros preguntáis justamente esto. Sí, es ésta la pregunta fundamental en el ámbito de vuestra generación.

De este modo continúa vuestro coloquio con Cristo, iniciado un día en el Evangelio. Aquel joven preguntaba: "¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?". Y vosotros preguntáis siguiendo la corriente de los tiempos en los que os encontráis por ser jóvenes: ¿Qué debemos hacer para que la vida —la vida floreciente de la humanidad— no se transforme en el cementerio de la muerte

nuclear? ¿Qué debemos hacer para que no domine sobre nosotros el pecado de la injusticia universal, el pecado del desprecio del hombre y el vilipendio de su dignidad, a pesar de tantas declaraciones que confirman todos sus derechos? ¿Qué debemos hacer? Y aún más: ¿Sabremos hacerlo?

Cristo responde, al igual que respondía a los jóvenes de la primera generación de la Iglesia, con las palabras del Apóstol: "Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os he escrito a vosotros, hijos míos, porque conocéis al Padre... Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros" (83). Las palabras del Apóstol, de hace casi dos mil años, son también una respuesta para hoy. Expresan el sencillo y fuerte lenguaje de la fe, que lleva consigo la victoria contra el mal que hay en el mundo: "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (84). Estas palabras están llenas de la experiencia apostólica —y de las generaciones cristianas sucesivas— de la cruz y de la resurrección de Cristo. En esta experiencia se ratifica todo el Evangelio. Se ratifica, entre otras cosas, la verdad contenida en el coloquio de Cristo con el joven.

Detengámonos, pues —al final de la presente Carta— en estas palabras apostólicas, que son a la vez una ratificación y un desafío para vosotros. Son también una respuesta.

Palpita en vosotros, en vuestros corazones jóvenes, el deseo de una auténtica hermandad entre todos los hombres, sin divisiones, contraposiciones o discriminaciones. ¡Sí! El deseo de una hermandad y de una múltiple solidaridad lo lleváis con vosotros, jóvenes, y no deseáis ciertamente la recíproca lucha del hombre contra el hombre bajo forma alguna. Este deseo de hermandad —el hombre

es prójimo para el hombre! ¡El hombre es hermano para el hombre! —, ¿no atestigua quizás el hecho de que "habéis conocido al Padre", como escribe el Apóstol? Porque los hermanos están sólo donde hay un padre. Y sólo donde está el Padre, los hombres son hermanos.

Si lleváis, pues, en vosotros mismos, el deseo de la hermandad, ello significa que "la Palabra de Dios permanece en vosotros". Permanece en vosotros la doctrina que Cristo ha traído y que justamente tiene el nombre de "Buena Nueva". Y permanece en vuestros labios, o al menos está grabada en vuestros corazones, la oración del Señor, que empieza con las palabras "Padrenuestro". La oración que revela al Padre, ratifica al mismo tiempo que los hombres son hermanos; y se opone en todo su contenido a los programas contruidos según un principio de lucha del hombre contra el hombre de cualquier forma. La oración del "Padrenuestro" aleja los corazones humanos de la enemistad, del odio, de la violencia, del terrorismo, de la discriminación, de las situaciones en que la dignidad humana y los derechos humanos son conculcados.

El Apóstol escribe que vosotros, jóvenes, sois fuertes con la doctrina divina, la doctrina que está contenida en el Evangelio de Cristo y se resume en la oración del "Padrenuestro". ¡Sí! Sois fuertes con esta enseñanza divina, sois fuertes con esta oración. Sois fuertes porque ella infunde en vosotros el amor, la benevolencia, el respeto del hombre, de su vida, de su dignidad, de su conciencia, de sus convicciones y de sus derechos. Si "habéis conocido al Padre", sois fuertes con la fuerza de la hermandad humana.

Sois también fuertes en la lucha; no una lucha contra el hombre, en nombre de cualquier ideología o práctica alejada de las raíces mismas del Evangelio, sino fuertes en la lucha contra el mal, contra el verdadero mal; contra todo lo que ofende a Dios, contra la injusticia y toda

explotación, contra toda falsedad y mentira, contra todo lo que ofende y humilla, contra todo lo que profana la convivencia humana y las relaciones humanas, contra todo crimen que atenta a la vida: contra el pecado.

El Apóstol escribe: ¡"Habéis vencido al maligno"! Es así. Conviene remontarse constantemente a las raíces de mal y del pecado en la historia de la humanidad y del universo, como Cristo se remontó a estas mismas raíces en su misterio pascual de la cruz y de la resurrección. No hay que tener miedo de llamar por su nombre al primer artífice del mal: al maligno. La táctica que él usaba y usa consiste en no revelarse, a fin de que el mal, sembrado por él desde el principio, reciba su desarrollo por parte del hombre, de los sistemas mismos y de las relaciones interhumanas, entre las clases y entre las naciones... para hacerse también cada vez más pecado "estructural", y dejarse identificar cada vez menos como pecado "personal". Por tanto, a fin de que el hombre se sienta en cierto sentido "liberado" del pecado y al mismo tiempo esté cada vez más sumido en él.

El Apóstol dice: "Jóvenes, sed fuertes"; hace falta solamente que "la palabra de Dios permanezca en vosotros". Entonces, sed fuertes. Así podréis llegar a los mecanismos ocultos del mal, a sus raíces, y así conseguiréis cambiar el mundo gradualmente, transformarlo, hacerlo más humano, más fraterno, y al mismo tiempo, más según Dios. En efecto, no se puede separar el mundo de Dios y contraponerlo a Dios en el corazón humano. Ni se puede separar al hombre de Dios y contraponerlo a Dios. Esto sería contra la naturaleza del mundo y contra la naturaleza del hombre, contra la verdad intrínseca que constituye toda la realidad. Verdaderamente el corazón del hombre está inquieto, hasta que no descansa en Dios. Estas palabras del gran Agustín nunca pierden su actualidad (85).

83) 1 Jn 2, 13 s.

84) 1 Jn 5, 4.

MENSAJE FINAL

16. He aquí pues, jóvenes amigos, que yo pongo en vuestras manos esta Carta, que se inspira en el coloquio evangélico de Cristo con el joven y nace del testimonio de los Apóstoles y de las primeras generaciones cristianas. Os entrego esta Carta en el Año de la Juventud, mientras nos estamos acercando al final del segundo milenio cristiano. Os la entrego en el año en que se conmemora el vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, que llamó a los jóvenes "esperanza de la Iglesia" (86) y a los jóvenes de entonces —igual que a los de hoy y de siempre— dirigió su "último mensaje", en el que la Iglesia es presentada como la verdadera juventud del mundo, como la que "posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse gratuitamente, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas" (87). Hago esto en el Domingo de Ramos, día en el que puedo encontrarme con muchos de vosotros, peregrinos hasta esta plaza de San Pedro, en Roma. Precisamente este día el Obispo de Roma pide junto con vosotros por los jóvenes de todo el mundo, por cada uno y cada uno. Estamos rezando en la comunidad de la Iglesia, a fin de que —en la perspectiva de los tiempos difíciles en que vivimos— estéis "siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os lo pidiere". Sí, precisamente vosotros, porque de vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del nuevo. No permanecáis pues pasivos; asumid vuestras responsabilidades en todos los campos abiertos a vosotros en nuestro mundo. Por esta misma intención rezarán junto con vosotros los obispos y los sacerdotes en los distintos lugares.

Y rezando así en la gran comunidad de los jóvenes de todas las Iglesias tene-

mos ante nosotros a María, que acompaña a Cristo en el comienzo de su misión entre los hombres. Es María, la de *Cand de Galilea*, que intercede por los jóvenes, por los recién casados, cuando en el banquete de bodas falta el vino para los invitados. Entonces la Madre de Cristo dirige a los hombres, presentes allí para servir durante el banquete, estas palabras: "Haced lo que El os diga" (88). El, Cristo.

Yo repito estas palabras de la Madre de Dios y las dirijo a vosotros, jóvenes, a cada uno y a cada uno: "Haced lo que Cristo os diga". Y os bendigo en el nombre de la Trinidad Santísima. Amén.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 31 de marzo, Domingo de Ramos "de Passione Domini", de 1985, VII año de mi pontificado.

Joannes Paulus II

85 Cf. Agustín (s.), *Confesiones* I, 1. CSEL 33, pág. 1.

86 Declaración *Gravissimum educationis*, sobre la educación cristiana de la juventud, 2.

87 Mensaje del Concilio Ecueménico Vat. II a los jóvenes: AAS 58, 1966, 18.

88 Jn 2, 5.

EL ROMANO PONTIFICE INSTITUYE LA PONTIFICIA COMISION PARA LA PASTORAL DE LOS AGENTES SANITARIOS

CARTA APOSTOLICA "DOLENTIUM HOMINUM" EN FORMA DE "MOTU PROPRIO"

1. Hacia los hombres que sufren la Iglesia ha demostrado siempre el más vivo interés; con lo que no hace otra cosa que seguir el preclaro ejemplo de su Fundador y Maestro. También en la Carta Apostólica, que publiqué este mismo día hace un año, con el título *Salvifici doloris*, puse de relieve claramente esto mismo: "En su actividad mesiánica en medio de Israel, Cristo se acercó incesantemente al mundo del sufrimiento humano. 'Pasó haciendo el bien', y este obrar suyo se dirigía, ante todo, a los enfermos y a quienes esperaban ayuda" (n. 16).

De hecho, en el correr de los siglos, la Iglesia ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión, y no sólo ha favorecido entre los cristianos la floración de diversas obras de misericordia, sino que ha hecho surgir de su seno muchas instituciones religiosas con la finalidad específica de promover, organizar, perfeccionar y extender la asistencia a los enfermos y a los débiles. A su vez, los misioneros, al realizar la tarea de evangelización, asociaron constantemente la predicación de la Buena Nueva con la asistencia y el cuidado a los enfermos.

2. La Iglesia, al acercarse a los hombres que sufren y al misterio del dolor, se guía por una precisa concepción de la persona humana y de su destino según los designios de Dios. Considera la medicina y los cuidados terapéuticos no solo como algo que se refiere únicamente al bien y a la salud del cuerpo, sino que afecta a la persona como tal, a la que el mal ataca en el cuerpo. Efectivamente, la enfermedad y el dolor no son experiencias que afectan exclusivamente a la condición corporal del hombre, sino a todo el hombre en su integridad y unidad de cuerpo y alma. Por lo demás, es evidente que a veces la enfermedad que se manifiesta en el cuerpo, tiene su origen y verdadera causa en lo más íntimo del alma humana.

La enfermedad y el dolor son fenómenos que, si se profundiza en ellos, siempre plantean interrogantes que trascienden el campo de la medicina y afectan a la esencia de la condición humana en este mundo (cf. *Gaudium et spes*, 10). Por lo cual, fácilmente se entiende la importancia que tiene en los mismos servicios sociales a los enfermos, no sólo la presencia de los Pastores de almas, sino también la de los agentes sanitarios, que deben guiarse por una visión integralmente humana de la enfermedad y, por lo mismo, han de saber entablar una relación plenamente humana con el hombre enfermo y que sufre. En la visión cristiana, la redención de Cristo y su gracia salvífica llegan a todo el hombre en su condición humana y, por lo tanto, también en la enfermedad, en el dolor y en la muerte.

3. En estos últimos años ha progresado mucho y muy significativamente en la sociedad civil todo lo que se refiere a la salud de los hombres. Por otra parte, el mismo acceso a la asistencia y a las atenciones sanitarias, que ya está reconocido como un derecho propio de los ciudadanos, se ha generalizado; lo que ha supuesto la ampliación de las estructuras y de diversas instituciones sanitarias. Por otra parte, los Estados miembros, para poder hacer frente de forma eficaz a estas necesidades, han establecido Mi-

nisterios adecuados para ello, han promulgado leyes aptas y han adoptado una política con finalidades específicas en el orden de la sanidad pública. Además, las Naciones Unidas han dado vida a la Organización Mundial de la Salud.

Este amplio y complejo sector atañe directamente al bien de la persona humana y de la sociedad. Por esto precisamente plantea cuestiones ineludibles y delicadas, que afectan no sólo al aspecto social e institucional, sino también a la índole ética y religiosa, ya que se ven implicados fundamentales sucesos "humanos", como son el dolor mismo y la enfermedad, así como la muerte unida a los interrogantes sobre la función de la medicina y la misión del médico en relación con los enfermos. Las nuevas metas, pues, que ha abierto el progreso de las ciencias y sus posibles aplicaciones técnicas y terapéuticas, tocan los ámbitos más delicados de la vida en sus mismas fuentes y en su significado más profundo.

4. En primer lugar, parece muy importante para la Iglesia llevar a cabo una obra de profundización más orgánica en la problemática cada vez más compleja que deben afrontar los agentes sanitarios, en el contexto de un compromiso mayor de colaboración entre los varios grupos y actividades correspondientes. Hoy existen múltiples organismos que comprometen directamente a los cristianos en el sector de la sanidad: además y al lado de las mismas congregaciones e instituciones religiosas, con sus estructuras socio-sanitarias, hay colegios y asociaciones de médicos católicos y también de los llamados paramédicos, así como de enfermeros, farmacéuticos, voluntarios, y organismos diocesanos e interdiocesanos, nacionales e internacionales, que han surgido para seguir los problemas de la medicina y de la sanidad. Se impone una coordinación mejor de todos estos organismos. En la alocución que tuve, el 3 de octubre de 1982, a los médicos católicos, ya aludí a esta necesidad: "Para hacerlo no basta la acción individual. Se requiere una obra de conjunto inteligente, programada, constante y generosa, y esto no sólo dentro de cada país, sino a escala internacional. Pues la coordinación a nivel mundial podría consentir un anuncio mejor y una defensa más eficaz de vuestra fe, cultura y compromiso cristiano en la investigación científica y la profesión", ("L'Osservatore Romano", Edición en Lengua Española, 17 de octubre de 1982, pág. 16).

5. Esta oportuna unión y coordinación debe tender en primer lugar a favorecer y difundir una mejor formación ético-religiosa de los agentes sanitarios cristianos en el mundo, teniendo en cuenta tanto las diversas situaciones de la vida, como los problemas específicos que deben afrontar en el desempeño de su profesión. Luego debe tender a sostener mejor, a promover e intensificar las necesarias actividades de estudio, profundización e iniciativas en relación con los mencionados problemas específicos del servicio sanitario, en el contexto de la visión cristiana del verdadero bien del hombre. En este sector se plantean hoy delicados y graves problemas de naturaleza ética, en los cuales la Iglesia y los cristianos deben intervenir decididamente con valentía y clarividencia para salvaguardar valores y derechos esenciales vinculados con la dignidad y el destino supremo de la persona humana.

6. A la luz de estas consideraciones, y apoyado por la opinión de expertos, sacerdotes, religiosos y laicos, he decidido "Motu proprio" instituir la *Pontificia Comisión para la Pastoral de los agentes sanitarios*, que tenga como función coordinar todas las instituciones católicas, religiosas y laicas, dedicadas a la pastoral de los enfermos. Hemos querido vincular esta Comisión al Pontificio Consejo para los Laicos, del que formará parte orgánica, aunque manteniendo su propia naturaleza e índole organizativa y operativa.

Las funciones de esta Comisión serán las siguientes:

— estimular y promover la obra de formación, de estudio y de acción que las di-

versas Asociaciones Internacionales Católicas desarrollan ya en el sector de la sanidad, así como la de otros grupos e instituciones que, a diversos niveles de la sociedad y de varios modos, actúan en este campo;

— coordinar oportunamente las actividades desarrolladas por los diversos dicasterios de la Curia Romana en relación con el mundo de la sanidad y con sus problemas;

— explicar, defender y difundir las enseñanzas de la Iglesia en materia de sanidad, y fomentar su penetración en la práctica por parte de los agentes sanitarios;

— actuar en conexión con las Iglesias particulares y especialmente con las comisiones episcopales para la pastoral sanitaria;

— seguir con atención y estudiar orientaciones programáticas e iniciativas concretas en el sector de la sanidad, a nivel tanto internacional como nacional, con el fin de evaluar su importancia y sus implicaciones en la actividad pastoral de la Iglesia.

Esta Pontificia Comisión estará presidida por el mismo cardenal Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y estará animada por un grupo de coordinación, al frente del cual estará un arzobispo como Presidente, y un secretario sin carácter episcopal.

Corresponde al Presidente dirigir las asambleas plenarias de los miembros y consultores. Además, el Presidente será informado tempestivamente con anterioridad de los asuntos de mayor importancia a tratar y se le tendrá siempre al corriente de la actividad ordinaria de la Comisión.

Compete al Pro-Presidente promover, animar, dirigir y coordinar las actividades organizativas y operativas de la Pontificia Comisión, según lo establecido por este documento fundacional.

Los miembros y consultores, nombrados por el Sumo Pontífice, representarán:

A) a algunos dicasterios y organismos de la Curia Romana (Secretaría de Estado; Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para las Iglesias Orientales, para los Religiosos e Institutos Seculares, para la Evangelización de los Pueblos y para la Educación Católica; Pontificios Consejos *Cor Unum* y para la Familia; Pontificia Academia de las Ciencias);

B) a todo el Episcopado (comisiones episcopales para la pastoral de la sanidad);

C) a las familias religiosas hospitalarias;

D) a los laicos (asociaciones internacionales católicas y también otras instituciones y grupos que actúan en el sector de la salud y en el mundo del dolor humano).

Para realizar sus funciones, la Pontificia Comisión podrá solicitar la colaboración de expertos y formar grupos de estudio "ad hoc" sobre algunas cuestiones determinadas y concretas.

Así, pues, lo que hemos establecido en esta Carta Apostólica, dada en forma de "Motu Proprio", todas y cada una de las disposiciones, queremos que sean firmes y eficaces, sin que nada obste en contrario.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 11 de febrero de 1985, VII año de nuestro pontificado.

Joannes Paulus II

EL PAPA EVOCA LAS ETAPAS DE SU MINISTERIO PASTORAL EN VENEZUELA, ECUADOR, PERU Y TRINIDAD-TOBAGO

CATEQUESIS EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL MIERCOLES,
13 DE FEBRERO

1. Hoy deseo manifestar mi *humilde gratitud a Dios, Buen Pastor*, por el ministerio que me ha consentido realizar del 26 de enero al 6 de febrero en la Iglesia en América Latina, concretamente en Venezuela, Ecuador y Perú, con la parada en Trinidad-Tobago en el camino de regreso.

Los Episcopados de los países citados habían expresado el deseo de que *el Obispo de Roma*, en cuanto Sucesor de Pedro, *se insertara con su ministerio pastoral durante unos días en la obra apostólica estable y sistemática que ellos llevan a cabo*, junto con los eclesiásticos y los laicos, en las Iglesias locales a ellos confiadas.

Dicho ministerio es una *manifestación particular de la colegialidad* de los obispos, se relaciona también con la tradición primitiva de la *visita apostólica* y pone de manifiesto la *unidad y catolicidad* de la Iglesia. Puede afirmarse que en ello se refleja el espíritu del Concilio Vaticano II, sobre todo su *eclesiología*.

En esta ocasión *deseo manifestar igualmente mi gratitud a las Iglesias y a los pueblos* de cuya hospitalidad he gozado durante los días pasados. Doy gracias a los Jefes de Estado y a los organismos administrativos de los varios sectores, que han facilitado notablemente mi visita.

2. *Los tres días en total transcurridos en Venezuela*, me han permitido acercarme a los problemas que vive la Iglesia en este país y tomar parte en las tareas apostólicas que debe afrontar. *Síntesis* de estas tareas fue *"una misión nacional"* de bastantes meses, que precedió a la visita papal.

La misma visita, en el curso de apenas tres días, tenía que *ser sintética y, a la vez, necesariamente selectiva*. No obstante esto, pienso que me ha sido posible contactar con lo más característico de su geografía y de la estructura del trabajo pastoral de la Iglesia en Venezuela.

La capital del país, *Caracas*, fue el principal centro de los encuentros. En primer lugar, tengo presente la concelebración eucarística ante la imagen de la *Virgen de Coromoto*, Patrona del país. Fue llevada a la capital la imagen que será venerada en su nuevo santuario de Guanare. El otro centro de la costa occidental, *Maracaibo*, uno de los principales lugares de producción de petróleo, nos trasladó a *otra región de la tradición religiosa* y dinamismo apostólico del litoral del Mar Caribe. Y luego, el viraje hacia el sur, en la región de los Andes, a la ciudad de *Merida*, donde las tradiciones religiosas de la población, prevalentemente *agrícola*, están muy arraigadas y siempre con gran vitalidad. Y, finalmente, el cuarto lugar: el incipiente gran centro industrial de *Ciudad Guayana*, junto al Orinoco, y al mismo tiempo, una diócesis joven y grande que ha de afrontar no fáciles tareas de la pastoral del mundo industrial.

Con esta estructura geográfica de la visita se entrelazó también la *estructura temática*. La reunión con el Episcopado y la mirada a la historia de la Iglesia en un país que vincula su independencia a la figura de *Simón Bolívar*. El tema de la *familia* en el núcleo de la asamblea de Caracas. Reunión con los *eclesiásticos, sacerdotes, religiosos y religiosas* e institutos seculares. Encuentro con los principales representantes del *apostolado de los laicos* (entre otros el CLAT y los medios de co-

municación social). Encuentro con los *jóvenes*. Y finalmente reunión con el *mundo del trabajo*, principalmente del trabajo industrial en Ciudad Guayana.

Venezuela tiene una superficie de casi un millón de kilómetros cuadrados y cerca de 16 millones de habitantes. La gran mayoría está concentrada en las cercanías de la Costa Atlántica. *Las vastas zonas del interior están poco pobladas y la pastoral asume carácter misionero*.

Si bien toda la visita se ha centrado en algunos puntos, se ha hecho todo lo posible para que el país entero y toda la Iglesia en Venezuela se sintieran abrazados por ella. La tarea más importante en el porvenir parece ser, sobre un fondo de tradición religiosa viva, la consolidación de la conciencia de la vocación cristiana, y sobre todo de las vocaciones sacerdotales y religiosas nativas. Y también el mantenimiento y el progreso de las buenas tradiciones en cuanto a la puesta en práctica de la doctrina social de la Iglesia en los distintos sectores de la vida.

3. *Ecuador*. La vida de la Iglesia en Ecuador se concentra en tres provincias o "metropolías": *Quito, Cuenca y Guayaquil*. Dichas tres ciudades han sido las tres etapas principales de la visita papal. Quito es la capital del país, por ello tuvo lugar aquí la parte oficial de la visita en referencia con las autoridades estatales. En el aspecto eclesial celebramos solemnemente en Quito el 450 aniversario del *comienzo de la evangelización*. El carácter de la ciudad atestigua asimismo la *gran aportación de Quito a la historia del anuncio del Evangelio*, del mismo modo que atestigua la historia de la cultura nacional. En este ambiente asumieron una *elocuencia cabal cada uno de los encuentros*: con el Episcopado, con los eclesiásticos en la catedral la primera tarde, con los jóvenes, con los medios de comunicación (Radio Nacional Católica), con el mundo religioso (femenino), con los representantes de la cultura y de la ciencia, con el mundo del trabajo y con el Cuerpo Diplomático invitado a acudir a la Nunciatura.

Cuenca: La solemne concelebración para las familias y las vocaciones.

Guayaquil: La mayor ciudad de orillas del Pacífico: la primera tarde, el *programa mariano* en la nueva iglesia de la Virgen de Czesstochowa, y sobre todo en el santuario de la Alborada con nutrida participación de los jóvenes. Al día siguiente, la visita al Guasmo, de la periferia de Guayaquil; aquí trabajan sacerdotes y religiosas entre unas gentes muy pobres que fluyen a la ciudad. A continuación, la solemne concelebración con la *beatificación de la Madre Mercedes de Jesús Molina*, fundadora de la primera congregación femenina del Ecuador.

Un capítulo aparte de la visita fue la reunión en *Latacunga con los indígenas* y con los primeros habitantes de este país, los indios. El encuentro fue rico de fundamentales contenidos de naturaleza social; en efecto, el problema de la debida participación de los indios en la vida de Ecuador lo tienen planteado ellos mismos y la Iglesia. E igualmente el de *las desigualdades sociales*, que está esperando una solución más justa.

La *Iglesia en Ecuador* —con su Episcopado, eclesiásticos, religiosos (que tienen grandes méritos) y con el creciente apostolado de los laicos— *aparece hondamente vinculada a la sociedad*. La preparación a la visita papal había sido larga; lo atestigua la abundancia de confesiones, las cruces que llevaban los asistentes a los encuentros y las *muchedumbres inmensas* en las celebraciones de todos los sitios, en los caminos y calles. Si bien la visita no pudo llegar a todas las regiones del país, se tenía la sensación de que *una gran parte de sus habitantes* acudieron de las diversas zonas para participar en la visita.

4. *Perú* es un país grande (un millón trescientos mil kms. cuadrados y 18.230.000 habitantes), constituido por tres regiones geográficas (costa, sierra y selva) y no me-

nos compleja étnicamente. En tiempos estuvo aquí el Imperio de los Incas y buena parte de la población habla todavía sus lenguas (quechua, aymara y otras). Al mismo tiempo toda la nación es católica y la Iglesia constituye un vínculo particular entre todos los habitantes del país. Asimismo existe "el problema social" en gran escala y la responsabilidad de la Iglesia en solucionarlo adecuadamente.

Comenzó la visita en Lima. Su antiquísima catedral es uno de los centros de evangelización más antiguos de América Latina. Además, Lima es la ciudad de dos Santos de este continente, Santa Rosa y San Martín de Porres. Con la visita a la catedral y la veneración de las reliquias de estos Santos comenzó el programa de la primera parte dedicado a las "fuerzas vivas" de la Iglesia en Perú, eclesiásticos y laicos. Después, la visita a la residencia del Presidente de Perú y la bendición impartida a petición de éste a los representantes de las Autoridades y del Parlamento.

El programa de la visita nos llevó a muchos lugares del territorio del país; en ellos los habitantes de las distintas regiones se concentraron en la liturgia y en la oración, escuchando la palabra del Papa. Estos lugares fueron: Arequipa, con la beatificación de Sor Ana de los Angeles Monteagudo y la coronación de la estatua de la Virgen de Chapi (2. II); luego, Cuzco, capital del antiguo Imperio de los Incas, con la coronación de la estatua de la Virgen del Carmen de Paucartambo y la homilía dedicada a los antiguos habitantes, los indios, población que trabaja sobre todo en la agricultura (3. II); después Ayacucho: la oración del "Angelus" y el discurso contra la violencia. El 4 de febrero, la visita se orientó hacia el Norte, comenzando por Callao (sobre el tema: enfermos-sufrimiento), pasando por Piura (tema: evangelización, pues aquí comenzó la predicación del Evangelio en el siglo XVI), hasta Trujillo (liturgia eucarística para los hombres del trabajo). Y el último día (5. II) Iquitos: con el encuentro con las comunidades indígenas de la región de la "selva amazónica".

Volvíamos cada día a la capital, ciudad de seis millones de habitantes, un tercio de Perú; aquí tuvieron lugar los encuentros centrales, es decir: con los jóvenes (2. II), Eucaristía para las familias con ordenación sacerdotal, el domingo 3 de febrero; encuentro con el Episcopado y visita a la sede de la Conferencia; audiencia al Cuerpo Diplomático. Y, en fin, el mismo día de la salida (5. II), visita a uno de los "pueblos jóvenes", el gran barrio de máxima pobreza, una de las tantas.

5. Este cuadro no retrata suficientemente el clima de visita, que por doquier era denso de viva fe, de amor y de confianza en la Iglesia. Incesantemente se repetía la petición de ser bendecidos (¡bendición!), que es una peculiar manifestación de la religiosidad de estos hermanos nuestros que viven en la zona occidental extrema de Sudamérica. Parece que se pueden expresar los deseos más esenciales que les atormentan, tal y como los manifestaron los representantes de "pueblos jóvenes" de Lima: el deseo de Dios y el deseo de pan. El primero es su riqueza espiritual, y hay que hacer todo lo posible por mantener y arraigar esta riqueza. El otro está en relación con la pobreza y la desgracia de amplios sectores y también con la reclamación cada vez más consciente de la justicia social. Hay que hacer lo imposible por conseguir en la práctica esta justicia, sin recurrir a la violencia ni al totalitarismo, sino manteniendo el orden democrático al que estas sociedades están honradamente vinculadas. ¡Jamás debe faltar el pan a nadie!

6. La breve visita a Trinidad-Tobago no fue mero "añadido" a los tres países bolivarianos. Los responsables, tanto de parte civil como eclesiástica, hicieron todo lo posible para que fuese una visita de verdad. Por ello quiero manifestarles mi gratitud. Deseo expresar mi alegría sobre todo por el hecho de que esta sociedad de tan varia-

do origen, que durante muchos siglos ha padecido la amargura de la esclavitud y dependencia colonial, es hoy una sociedad de ciudadanos libres y evidentemente madura para tal libertad. Y asimismo expreso mi alegría de que la Iglesia vive su vida auténtica y está al servicio del bien de toda la sociedad de Trinidad-Tobago, desarrollando actividades ecuménicas y colaborando con los representantes de otras religiones (sobre todo la hindú).

Es sabido que el nombre de Trinidad viene de Cristóbal Colón, que quiso honrar así a la Santísima Trinidad.

¡De nuevo doy gracias a la Trinidad por haberme concedido llevar a cabo esta peregrinación apostólica! En su nombre os bendigo a cada uno, muy amados hermanos y hermanas, y extendiendo con afecto mi bendición a todas las gentes con quienes he estado en los países del continente de la esperanza.

450 AÑOS DE EVANGELIZACIÓN EN EL ECUADOR: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

HOMILIA DEL PAPA DURANTE LA MISA CELEBRADA EN EL PARQUE "LA CAROLINA" DE QUITO, 30 DE ENERO

Señor cardenal, hermanos en el Episcopado, autoridades, queridos hermanos y hermanas:

"Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Ez 36, 28).

1. Con estas palabras tomadas de la primera lectura de la liturgia de hoy, deseo conmemorar este día importante en la historia de la evangelización del Ecuador. Como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia desde la Sede de San Pedro, me produce gran alegría encontrarme aquí con todos vosotros. Vamos a celebrar la Eucaristía, centro de la vida litúrgica de la Iglesia, que generación tras generación ha alimentado la fe, la esperanza y el amor de este pueblo, congregado como comunidad eclesial en torno al primer obispado del Ecuador, precisamente el de Quito. Aquí los primeros misioneros celebraron por vez primera el Santo Sacrificio, en el lugar donde hoy se ubica la histórica capilla de Cantuña.

En esta sede episcopal de Quito,

junto con vuestro Pastor, el señor cardenal-arzobispo, con mis hermanos obispos, con los sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos de los diversos movimientos eclesiales y con todo el pueblo católico del Ecuador, elevo mi acción de gracias al Dios uno y trino por los abundantes frutos de estos 450 años de evangelización, que se iniciara en estos territorios pocas décadas después de la llegada de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo.

2. En el nombre de la Santísima Trinidad, Cristo resucitado, al momento de volver al Padre y tras haber consumado su misión mesiánica en el mundo, envió a sus Apóstoles diciendo: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28, 18-19). Y añadió: "Enseñadles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (v. 20).

Los Apóstoles de Cristo, y luego sus sucesores, han cumplido el mandato del Señor resucitado y han continuado, generación tras generación, haciendo discípulos en todos los pueblos. Como el grano de trigo que se deposita en la tierra y germina, así la semilla del Evangelio fue sembrada en el alma fecunda de pueblos nuevos que, siempre más numerosos, *recibieron el bautismo* en el nombre de la Santísima Trinidad. Ellos, aceptando a Cristo como Señor y Salvador, *entraron en la familia de los hijos de Dios, la Iglesia*.

3. De este modo, también en los nuevos pueblos del continente americano nacidos a la fe, ha venido a cumplirse la profecía de Ezequiel que hemos escuchado en la primera lectura: "Os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados: de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré" (Ez 36, 24-25).

La promesa del Señor se ha cumplido, y he aquí que los pueblos del Nuevo Mundo surgen como un *pueblo nuevo: el Pueblo de Dios*: "Habitareis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Ez 36, 28).

4. Lo que el Profeta Ezequiel había anunciado teniendo ante los ojos el Israel de la Antigua Alianza, se ha realizado en la Nueva Alianza; a los 15 siglos de la venida de Cristo, su mensaje de salvación se ha hecho vida entre vosotros, empezando por vuestros antepasados.

En efecto, en 1534 se funda la ciudad indohispana de San Francisco de Quito con finalidades de evangelización, según las actas. Diez años más tarde, aquella comunidad es constituida en obispado. Las "doctrinas", antepasados de futuras parroquias, se multiplican en manos de religiosos franciscanos, dominicos, agustinos y merce-

darios. Y a los veinte años, de esa comunidad eclesial constituida en obispado nace políticamente la Real Audiencia de Quito, el 29 de agosto de 1563.

Incorporados a la tarea los religiosos de la Compañía de Jesús, la obra eclesial florece en una red de escuelas y liceos; en la universidad dominicana de San Fulgencio y la jesuítica de San Gregorio; en el arte de la "escuela quiteña"; en la santidad de Mariana de Jesús; en la obra misionera en zonas amazónicas, donde mensajeros del Evangelio dan testimonio de Cristo con el martirio. En el Ecuador republicano, obispos, sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas y eminentes seglares comprometidos extienden y reafirman, desde comienzos del siglo XIX hasta el presente, la fisonomía cristiana y cultural de vuestra nación.

5. Después de estos 450 años de evangelización, y a la vista de los sazonados frutos que la Palabra de Dios y la acción del Espíritu han hecho madurar en vuestra querida patria, como Sucesor de San Pedro me llena el alma de gozo poder repetir aquí, en San Francisco de Quito, *las palabras del Príncipe de los Apóstoles* que hemos oído en la segunda lectura: "Vosotros sois una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, *un pueblo que Dios eligió* para que fuera suyo y proclamara sus maravillas. Vosotros estáis antes en las tinieblas y *os llamó Dios a su luz admirable*. . . sois Pueblo de Dios. . . habéis conocido su misericordia" (1 Pe 2, 9-10).

Una nación consagrada. Sí. Esta nación, hace ahora algo más de un siglo, se consagró como pueblo al Sagrado Corazón de Jesús. Todavía resuena en tantos espíritus el eco de aquellas palabras, con las que el pueblo ecuatoriano hizo su acto de consagración: "Este es. Señor, vuestro pueblo. Siempre os reconocerá por su Dios. No volverá sus ojos a otra estrella que a esa de amor y

misericordia que brilla en medio de vuestro pecho, santuario de la divinidad, arca de vuestro Corazón".

Aquella solemne profesión de fe popular honra a esta nación que cuenta entre sus hijos ejemplos preclaros de santidad, como Santa Mariana de Jesús, el Santo Hermano Miguel, la Madre Mercedes de Jesús Molina, a quien me cabrá la dicha de proclamar Beata pasado mañana en Guayaquil. Ellos son el fruto escogido de la evangelización del Ecuador. Ellos alientan y sirven de modelo a tantos hijos e hijas de la Iglesia, que quieren hacer hoy de sus vidas un fiel seguimiento de Cristo, una consciente consagración a El y a los hombres por El.

Queridos hermanos y hermanas: Acoged como prenda de fidelidad la misericordia de Dios Padre, en la que habéis sido llamados a participar de la vida divina en Cristo, y habéis sido hechos templos de su Espíritu. Sois el pueblo anunciado por el Profeta Ezequiel *que camina hacia el Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo* (cf. *Lumen gentium*, 4). Sois parte de la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo, Redentor del mundo.

6. En este día feliz, en que elevamos nuestra acción de gracias a Dios por los 450 años de evangelización, deseo abrazar en mi corazón y en la plegaria a toda la Iglesia que camina hacia el Padre en Quito; a toda la Iglesia en Ecuador. A las Iglesias que durante este tiempo os han ayudado con personal y recursos.

Esta Eucaristía que celebramos en la capital de la nación, reúne en torno al altar a fieles procedentes de todos los rincones del país. Como los granos de trigo se juntan para formar el pan eucarístico, así los ecuatorianos se reúnen aquí con sus Pastores en torno al Papa, para ser confirmados en la fe, para avivar su esperanza, para testimoniar con amor su propósito de fidelidad a Cristo.

Desde la hoya amazónica hasta la costa; de las ciudades y de los campos; de los Andes y de la llanura, los hijos de este país, situado en la mitad del mundo, se juntan hoy para elevar a Dios un himno de acción de gracias por el don de la fe.

Dado que a todos he venido a visitar, aunque no pueda ir a todos los lugares, desde este altar, que es símbolo de común unidad de fe, *a todos presento mi saludo de paz*, de amor, de comunión en Cristo, que nos llamó "de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pe 2, 9).

A los Pastores y fieles de las provincias eclesiásticas de Quito, de Cuenca y Guayaquil, con sus respectivas diócesis sufragáneas; a los de la prelatura de los Ríos, de las prefecturas y vicaratos apostólicos; a los del continente y de las islas del Pacífico; a las poblaciones indígenas y al resto de los habitantes: a niños, jóvenes, adultos y ancianos.

En efecto, cada encuentro con un grupo o sector del Pueblo de Dios en cualquiera de las ciudades incluidas en el programa de la visita, quisiera que fuera un gesto simbólico que llegara a los mismos grupos o sectores del pueblo fiel de toda la nación.

7. En el Salmo responsorial hemos cantado: "El Señor es mi Pastor, nada me falta" (Sal 22/23, 1).

Desde el principio de los tiempos, aun antes de que aquí llegara la luz del Evangelio, la bondad paterna de Dios adornó con bellezas sin número las tierras del antiguo Reino de Quito. Todo lo puso Dios para que sirviera al hombre: las verdes praderas y las fuentes tranquilas, de las que nos habla el Salmo. El Creador mostró con ello todo su amor hacia la creatura hecha a su imagen y semejanza. Pero sólo con la Encarnación del Verbo se manifiesta en toda su profundidad el amor de Dios hacia el hombre. Cristo viene para ser

el Pastor que cuida amorosamente del rebaño. El es el Buen Pastor, que está dispuesto incluso a "dar la vida por sus ovejas" (Jn 10, 11).

¡Con cuánta alegría proclama la liturgia de hoy esta verdad del Evangelio! "El Señor es mi Pastor". "El me guía por el sendero justo". "Aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo". ¡El es el Buen Pastor, Jesucristo! El, que es el camino, que es la luz, es quien "repara mis fuerzas", el que "prepara una mesa ante mí": el banquete eucarístico, la mesa de la Palabra que revela los misterios de Dios y la mesa de su Cuerpo y de su Sangre, que alimentan para la vida eterna.

El hace realidad la promesa bíblica: "Me unges la cabeza con óleo", de la que nos habla el Salmo responsorial. En este óleo, en este perfume, se simboliza la gracia que irrumpe de lo alto, la fuerza del Espíritu que perfuma, que fortalece con su unción.

Cristo es el ungido de Dios, el Buen Pastor que continúa santificando mediante los sacramentos de la Iglesia. El está en la gracia de la unción de quien recibe el Bautismo, para entrar a formar parte del único rebaño de Cristo; está en la unción del sacramento de la madurez cristiana, la Confirmación: está en la unción sacerdotal de quien es consagrado para predicar, ofrecer el sacrificio de la Eucaristía y perdonar los pecados en la Penitencia; está en la gracia que reciben los esposos que se unen en el Matrimonio; está en la unción del enfermo que se prepara para el viaje del encuentro con Dios.

Justamente el Salmista exclama lleno de gozo: "Mi cáliz rebosa". He aquí simbolizada la comunión incesante de la Nueva y Eterna Alianza, en la que toman parte quienes confiesan su fe en Cristo crucificado, resucitado y exaltado a la derecha del Padre.

8. ¡Pueblo de Dios que habitas en

estas tierras del Ecuador! Mi gozo desborda también hoy porque el Señor es tu Pastor, porque participas en el Sacrificio de la Nueva Alianza, porque confiesas a Cristo muerto y resucitado como a tu Dios y Señor.

Mi cáliz rebosa en acción de gracias, porque se cumple la profecía de Ezequiel: "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Ez 36, 28). Un pueblo nuevo nacido del agua y del Espíritu Santo, que acepta la ley de Dios en su corazón como norma de vida: "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas" (Ez 36, 26-27).

A cuatro siglos y medio de distancia tras haber recibido el Evangelio, te pregunto: Pueblo de Dios en Ecuador, que has recibido el Espíritu Santísimo, la herencia del primer Pentecostés: ¿Es tu corazón fiel al Señor? ¿Observas los mandamientos del Dios de la Alianza, del Dios del Evangelio? ¿Te mantienes en aquella "novedad de vida" que proviene del Señor?

9. Las generaciones han ido pasando sobre esta tierra. Una generación ha transmitido a la otra la luz de Cristo, que durante cuatro siglos y medio ha iluminado el caminar del Pueblo de Dios del Ecuador.

En su alma llevaban el signo indeleble del bautismo; en su corazón, la esperanza ardiente en la resurrección futura y en la vida eterna. De nuevo decimos con el Salmista: "Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término" (Sal 22/23, 6).

En nuestra acción de gracias de esta mañana, evocamos el recuerdo de quienes nos precedieron en la fe y ahora

habitan en la casa del Señor por años sin término. De ellos habéis recibido como herencia esta hermosa nación, la cultura, el tesoro inestimable de la fe, la herencia del espíritu.

Sabemos que nos aguardan dificultades y desafíos. Pero, ¡caminemos

con valor hacia el futuro! Cristo, el Buen Pastor, es el Príncipe del siglo futuro. El es el camino, la verdad y la vida. Mantengamos la unión con El y entre nosotros. Y, ¡sigámosle! Ayudados por María seamos perseverantes en quedarnos con El. Así sea.

EL SINODO HA LOGRADO LOS OBJETIVOS PARA LOS QUE FUE CONVOCADO: CELEBRAR, VERIFICAR Y PROMOVER EL CONCILIO VATICANO II

HOMILIA EN LA MISA DE CLAUSURA DE LA II ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DEL "SYNODUS EPISCOPORUM", 8 DE DICIEMBRE, SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCION

MARIA, MODELO Y FIGURA DE LA IGLESIA

1. "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1, 35).

La Iglesia mira a María, la Madre de Dios como a su "prototipo". Esta verdad ha sido expresada por el Concilio en el último capítulo de la Constitución "Lumen gentium".

Hoy una vez más somos conscientes de esta verdad:

— ante todo, porque celebramos la liturgia de la solemnidad de la Inmaculada Concepción;

— y luego, porque deseamos en cierto modo coronar los trabajos del Sínodo Extraordinario, que se ha reunido en Roma con ocasión del XX aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II.

Hace veinte años, este mismo día 8 de diciembre, los padres conciliares, bajo la presidencia del Papa Pablo VI, ofrecían a la Santísima Trinidad, por medio del corazón de la Inmaculada, el fruto de su trabajo de cuatro años. El tema central del Concilio había sido la Iglesia.

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra". A la luz de estas palabras del Evangelio de hoy, la Madre de Dios, ¿no aparece tal vez como el modelo y la figura de la Iglesia? Efectivamente, la Iglesia nació también en la historia de la humanidad mediante la venida del Espíritu Santo. Na-

ció el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo con María, para protegerlos de sus debilidades, y, al mismo tiempo, de la contradicción que ocasionaría el mensaje evangélico: la verdad sobre Cristo crucificado y resucitado.

2. Hoy, en la solemnidad de la Inmaculada Concepción, la liturgia nos induce a volver al principio de la historia de la creación y de la salvación. Más aún, nos pide remontarnos a *antes de este principio*.

En el Evangelio de Lucas, María escucha: "Alégrate, llena de gracia" (Lc 1, 28), y estas palabras le vienen, como indica la Carta a los Efesios, *del eterno pensamiento de Dios*. Estas palabras son la expresión del eterno Amor; la expresión de la elección "en los cielos, en Cristo". "El nos eligió en la persona de Cristo —antes de crear el mundo— para que fuésemos santos e irreprochables ante El" (Ef 1, 4).

La Virgen de Nazaret oye: "Salve, llena de gracia", y estas palabras hablan de su particular elección en Cristo:

En El, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
te ha elegido, hija de Israel, para que tu seas santa e inmaculada.
Te ha elegido, "antes de la creación del mundo".

Te ha elegido, para que seas inmaculada desde el primer momento de tu concepción, a través de tus padres humanos.

Te ha elegido en consideración de Cristo, para que, en el misterio de la Encarnación, el Hijo de Dios encontrase a la Madre del "beneplácito divino" en toda su plenitud: la Madre de la "divina gracia".

Por eso, el Mensajero dice "llena de gracia".

3. La liturgia de la Inmaculada Concepción nos lleva al mismo tiempo dentro de este misterio, que puede ser llamado *el misterio del Principio*. En efecto, la primera lectura está tomada del libro del Génesis.

En el contexto del "misterio del Principio" está inscrito *el pecado del hombre*.

Está inscrito también en él el Proto-Evangelio: el primer anuncio del Redentor.

Yavé Dios dice al que se esconde bajo la figura de una serpiente: "Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza, cuando tú le hieras en el talón" (Gén 3, 15).

De esta manera la Inmaculada Concepción es presentada mediante este contraste. Este contraste es el pecado: el pecado original. La Inmaculada Concepción significa la libertad de la herencia de este pecado. La liberación de los efectos de la desobediencia del primer Adán.

La liberación viene como precio de la obediencia del segundo Adán: Cristo. Precisamente por este precio, en virtud de la muerte redentora de Cristo, la muerte espiritual del pecado no atañe a la Madre del Redentor en el primer instante de su existencia terrena.

Sin embargo, al mismo tiempo, la Inmaculada Concepción no significa solamente una elevación de María, como una transferencia suya hacia afuera de todos los que han recibido como herencia el pecado de sus primeros padres.

Al contrario, significa una inserción en el mismo centro de la lucha espiritual, "de esta enemistad" que, en el curso de la historia del hombre, contrapone el "príncipe de las tinieblas" y "padre de la mentira", a la Mujer y a su descendencia.

A través de las palabras del libro del Génesis vemos a la Inmaculada con todo el realismo de su elección. La vemos en el momento culminante de esta "enemistad": bajo la cruz de Cristo en el Calvario.

"Ella te herirá en la cabeza, cuando tú le hieras en el talón". Como precio del

anonadamiento de sí mismo, Cristo consigue la victoria sobre Satanás, el pecado y la muerte en el transcurso de la historia.

María —la Inmaculada— se encuentra al pie de la cruz: "padeciendo con su Hijo. . . cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia" (*Lumen gentium*, 61). Así enseña el Concilio.

4. Y por esto la Madre de Dios "está también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio. . . , es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo, tanto de la virgen como de la madre" (ib., 63).

5. La Iglesia dirige pues la mirada hacia la figura virginal y a la vez maternal. Mira también a través del prisma de la Inmaculada Concepción. Así lo hicieron los padres del Concilio Vaticano II el 8 de diciembre de 1965. Y así lo hacemos también nosotros, veinte años después de aquella fecha ya histórica.

Escuchando las lecturas de la liturgia de hoy llegamos de nuevo al misterio de la Iglesia, que el Concilio proclamó en el primer capítulo de la Constitución *Lumen gentium*, primero no sólo en el orden cronológico, sino sobre todo en importancia. En efecto, en este eterno misterio está contenido el origen del ser mismo de la Iglesia. Esta no existiría sin el eterno "amor del Padre", sin "la gracia de nuestro Señor Jesucristo", sin "la comunión del Espíritu Santo". Sin la comunión divina, trinitaria, no existiría aquí, en la tierra, la comunión creada, humana, que es la Iglesia. Esta comunión de la que el Concilio habla en muchos lugares.

Escuchando pues las palabras de la liturgia de hoy, al final de esta Asamblea sinodal, tenemos que postrarnos en actitud de adoración y repetir:

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. . . El nos eligió —en la persona de Cristo— antes de crear el mundo. . . y nos ha destinado en la persona de Cristo —por pura iniciativa suya— a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya" (Ef 1, 3-6).

Así, pues, el saludo "llena de gracia", pronunciado durante la Anunciación a la Inmaculada, resuena con eco incesante también en el alma de la Iglesia: la gracia de nuestro Señor Jesucristo está con todos nosotros.

La gracia pertenece al misterio de la Iglesia, porque pertenece a la vocación del hombre. En este sentido el hombre es la vía de la Iglesia (cf. *Redemptor hominis*, 14).

6. Pero la historia de la gracia está vinculada, de manera dramática en la vida de la humanidad, con la historia del pecado. El Concilio dijo muchas cosas sobre este tema, especialmente en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual. Al comienzo de ella leemos:

"El mundo que (el Concilio) tiene ante sí es la entera familia humana. . . el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo los servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación" (*Gaudium et spes*, 2).

Así, pues, el Concilio funda su enseñanza sobre la misión de la Iglesia en el mun-

de la Congregación de Propaganda Fide, el querido hermano en el episcopado monseñor Dermot Ryan, arrebatado ayer de improvviso a la estima y afecto de todos nosotros. Le ha sorprendido la muerte en pleno desempeño de sus funciones nada leves de responsable de un importante dicasterio de la Curia Romana. El pensamiento se fija ahora en el generoso servicio que ha prestado a la Iglesia. Rindo el homenaje emocionado de mi gratitud a monseñor Ryan por la disponibilidad y entrega con que había asumido la nueva tarea eclesial a que le llamé y elevo a Dios mi oración para que acoja en la paz del premio eterno a este siervo suyo generoso y fiel. Añado asimismo una oración especial en sufragio del alma de la madre de mons. Simon Lourdasamy, fallecida piadosamente esta mañana en la paz del Señor.

Una de las últimas empresas de mons. Dermot Ryan fue la organización de este Congreso internacional, concebido como ocasión propicia para proceder, a los veinte años de la celebración del Concilio Vaticano II, a reflexionar con profundidad sobre dos documentos importantes: el Decreto *Ad gentes* y la Declaración *Nostra aetate*.

Saludo cordialmente a todos los presentes y deseo expresar mi suma complacencia a cuantos han colaborado en la realización de esta idea; a la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que se ha encargado de llevarlo a cabo por medio de la Pontificia Universidad Urbaniana; a los miembros de los tres Secretariados —para la Unión de los Cristianos, para los no cristianos y para los no creyentes—, que han prestado colaboración plena y generosa; a las numerosas Pontificias Comisiones y al Pontificio Instituto de Islamología por sus valiosas aportaciones; al grandísimo número de profesores que, representando a las Pontificias Universidades y Faculta-

des romanas, han tomado parte con espíritu de comunión profunda presentando comunicaciones; y a los asistentes que han venido de fuera de Roma, en especial a los representantes de institutos agregados a la Pontificia Universidad Urbaniana, que han enriquecido las temáticas del Congreso con sus intervenciones.

En este encuentro vuestro, que tiene de verdad características de catolicidad, me complace en ver un testimonio de la unidad en la diversidad que San Agustín, en su comentario al Salmo 44, descubría manifiesta en el precioso vestido de la Iglesia-Reina presentada al Rey-Cristo. Y el motivo que os ha congregado es católico también, pues es para reflexionar sobre los documentos de un Concilio Ecuménico al que la Iglesia esparcida por el mundo mira como a punto luminoso de referencia, para sacar de él orientaciones en su camino en la historia. A la espera del próximo Sínodo extraordinario de los Obispos, que hará revivir el espíritu de aquel acontecimiento histórico iluminando las problemáticas nuevas a la luz de las enseñanzas en él maduradas, es justo y oportuno preocuparse de una preparación adecuada en distintos niveles y maneras diferentes. Vuestro Congreso se encuadra en esta línea.

ABRIR LAS PUERTAS AL REDENTOR

2. El tema general afrontado se basa y se inspira en las palabras con que comencé la Encíclica *Redemptor hominis*: "El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia".

Esta realidad trascendente y encarnada a un tiempo, efectivamente se impone a la misma Iglesia y a todos los cristianos, interpela a todo creyente de

DIALOGO, TESTIMONIO Y SOLIDARIDAD

3. La Pontificia Universidad Urbaniana nació para servir a esta misión, y actuó y actúa en su servicio. En la visita que hice a la Universidad el 19 de octubre de 1980, dije, entre otras cosas, que la "misionaridad" es cabalmente "nota constitutiva" junto con la "eclesialidad" y "romanidad", recordando que dejó la consigna de "vivir en tensión misionera continua".

Así, pues, el Congreso celebrado ahora resulta una respuesta fiel a dicho mandato. Una vez más la Universidad se ha puesto a la escucha del grito de súplica que parte de la angustia existencial del hombre hacia el Único que puede darle respuesta resolutiva, y ha querido celebrar este Congreso internacional para explorar los caminos mejores para "llevar a Cristo al hombre". Entre los caminos posibles, los más adecuados a las exigencias del hombre moderno han resultado ser el camino del diálogo, del testimonio y, en fin, de la solidaridad.

La situación concreta en que el hombre contemporáneo se encuentra viviendo, inmerso en un mundo caracterizado por el pluralismo ideológico de una parte y, de otra, por el fenómeno del ateísmo de masa, exige antes de nada adoptar valiente y lealmente la metodología del diálogo. Cuantos llevan el nombre de Cristo deben sentirse hoy obligados a un diálogo salvífico con todos los que de un modo u otro son sensibles a la llamada de la conciencia religiosa y, entre éstos, como ya recomendó el Concilio, sobre todo los seguidores de la religión judía y de la religión islámica, que creen en un Dios único.

Esta tarea debe mover a los cristianos a tomar conciencia de su identidad, converger generosamente hacia la unidad y renovar el corazón y las estruc-

alma honrada, es baremo de juicio respecto a la historia de la humanidad entera, y es principio de la creación y recapitulación de todas las cosas en Cristo. Es tarea de la Iglesia de hoy llevar la alegre noticia de este misterio al hombre moderno.

Hoy en día el hombre está invadido por una inquietud existencial que manifiesta, en formas y tonalidades distintas, su necesidad de salvación, liberación y paz. A lo largo de los encuentros significativos de su vida, aprende a conocer el valor de las dimensiones constitutivas de su ser, las primeras entre todas la religión, la familia y el pueblo a que pertenece. Sin embargo, tarde o temprano descubre dramáticamente que no posee todavía el significado último de estos encuentros, significado que tiene capacidad de hacerlos definitivamente buenos, verdaderos y bellos. Y entonces experimenta su incapacidad estructural de saciar las exigencias de infinito.

De este modo se encuentra frente a un *aut-aut* tremendo: o pedir a Otro que se asome al horizonte de su existencia para declararle el misterio y hacerle posible su realización plena, o concentrarse en sí, en una soledad existencial donde queda negada la misma positividad del ser. El grito de súplica o la blasfemia: ¡He aquí lo que le queda! Y por ello precisamente, desde el comienzo de mi pontificado, hice el llamamiento de "Abrir las puertas a Cristo". El Verbo del Padre se unió en cierto modo a cada hombre penetrando de modo único en el misterio de su corazón. De esta manera Cristo se ha hecho camino de todo hombre. En esta marcha que lleva de Cristo al hombre, nadie puede detener a la Iglesia.

Y en realidad, nunca como en el tiempo postconciliar la Iglesia ha ido adquiriendo una conciencia cada vez más clara de su misión evangelizadora: se ha ido descubriendo "misionera" por naturaleza.

DEL CONCILIO VATICANO II AL CODIGO DE DERECHO CANONICO

2. Por esto, las reuniones plenarias anteriores han permitido ver cómo los cardenales —no sólo cada uno individualmente considerado, sino todos juntos, como Colegio— colaboran con el Obispo de Roma, participando en el "ministerium Petri-num" que le ha sido confiado.

a) En esta perspectiva, en la *asamblea de 1979* os fueron propuestos tres problemas principales: la reorganización de las estructuras de la Curia Romana, según la Constitución Apostólica "Regimini Ecclesiae universae" y la necesidad de una revisión; las relaciones entre la Santa Sede y la cultura, con referencia a las diferentes Academias Pontificias; las responsabilidades conexas con la situación del sector económico y los medios de que dispone la Sede Apostólica. Pero se trataron también otras cuestiones no menos importantes, como la pastoral de la familia, con la exigencia de constituir un dicasterio especial "para la Familia" y la promoción de la sagrada liturgia en el marco de las competencias de la Curia.

Los problemas antes enumerados están explícitamente ligados con la realización práctica de las normas dadas por el Vaticano II: basta recordar la segunda parte de la *Gaudium et spes* que se fija "en algunos problemas más urgentes" planteados por la relación entre la Iglesia y el mundo contemporáneo, entre ellos, la dignidad del matrimonio y de la familia y su valorización (ib., 47-52) y la promoción del progreso de la cultura (ib., 53-62).

b) Después, los temas de la *reunión plenaria de 1982* tuvieron como objeto principal la "Constitución Apostólica *Regimini Ecclesiae universae* y todo su entorno" (AAS 75, 1983, 138 s.); pero se examinó también la forma con la que se habían llevado a la práctica las sugerencias sobre la familia y la cultura, especialmente con la creación entonces de la Pontificia Comisión para la Familia, que siguió a la celebración de la sesión del *Synodus Episcoporum*, y también del Pontificio Consejo para la Cultura, surgido por indicación de la reunión anterior de los cardenales. Se hizo también mención de la creación de una especial Comisión Cardenalicia, compuesta de 15 miembros, para el estudio de los problemas organizativos y económicos de la Santa Sede, informando sobre los primeros pasos de dicho organismo.

Todo esto sucedía en vísperas de la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico, cuya revisión quiso mi predecesor Juan XXIII anunciándola al mismo tiempo que la decisión de convocar el Concilio. El Código, que he tenido la alegría de promulgar el 25 de enero de 1983 —dos meses después de la II reunión de los cardenales— era, en cierto sentido, el último documento del Concilio Vaticano II y el primer signo de la aurora de la renovación traída a la Iglesia por la celebración del Año de la Redención, que se inauguraba el 25 de marzo de aquel mismo año.

LA II ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SINODO DE LOS OBISPOS

3. En estos tres días el Colegio Cardenalicio se reúne "in corpore" por tercera vez.

a) No puede menos de subrayar precisamente que esto sucede en la proximidad inmediata a la sesión extraordinaria del Sínodo de los Obispos, que he convocado el 25 de enero pasado precisamente para recordar el 20 aniversario de la clausura del Concilio. Los objetivos de esta sesión del Sínodo fueron presentados así:

— "revivir de algún modo el extraordinario ambiente de comunión eclesial que caracterizó la reunión ecuménica, al compartir unos y otros los sufrimientos y los gozos, las luchas y las esperanzas, que son propias del Cuerpo de Cristo en las diversas partes de la tierra;

— "intercambiarse y examinar con profundidad experiencias e informaciones sobre la aplicación del Concilio a nivel de Iglesia universal y de Iglesias particulares;

— "favorecer la ulterior profundización y la constante inserción del Vaticano II en la vida de la Iglesia a la luz también de las nuevas exigencias" (*L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 3 de febrero de 1985, pág. 12).

Confío que esta referencia al Vaticano II en este veinte aniversario, se hará sentir también en la presente reunión.

Es verdad que sólo un tercio de los obispos participantes en el próximo Sínodo estuvo presente en los trabajos del Concilio; pero es interesante notar que del "plenum" actual del Colegio de Cardenales, nada menos que 89 padres purpurados tomaron parte en todas o algunas sesiones del Concilio. Podemos por ello decir con razón que todavía todos recordamos vitalmente aquella experiencia, procedemos de ella; y los nuevos miembros del Episcopado mundial que han sido nombrados en estos años, al igual que los venerables hermanos nuestros cardenales de la Santa Iglesia Romana creados en estos últimos veinte años, pertenecen a una generación que ha respirado la atmósfera del Concilio, ha vivido la época estupenda y generosa, ferviente y también difícil que siguió al conocimiento, difusión y aplicación de sus documentos fundamentales. Las tareas que se concluirán en Roma el 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Virgen María, la presencia de antiguos y nuevos miembros, de Auditores y Auditoras, Invitados especiales y Observadores-delegados, harán revivir ciertamente aquella experiencia única haciéndonos revivir, en el *Kairós* de hoy, a aquel de hace veinte años.

Por esto confío que la estrecha relación del Sínodo con el Concilio resuene con viva voz en la reunión que hoy iniciamos. Se puede decir con razón, realmente, que esta asamblea es como una autorizada introducción a la gran celebración que pronto comenzaremos: de hecho, es bien sabido, que el tema de la Curia Romana suscitó desde el anuncio del Concilio Vaticano II vivo interés en los obispos, los cuales presentaron ya en la fase antepreparatoria numerosas propuestas tendientes a una reforma de la Curia Romana, a su internacionalización, a una clara definición de su función y competencia y, además, a una mayor presencia de los obispos diocesanos en sus cuadros dirigentes.

b) El tema central de esta asamblea atañe exactamente al problema concreto de la nueva "Regimini Ecclesiae universae". Se habló de él ya en 1979 y, sobre todo, en 1982, en el marco de los problemas que se discutieron entonces.

Problema concreto, porque nos encontramos ahora de cara a un proyecto que tenemos a la vista, enviado a vosotros, miembros del Colegio Cardenalicio, así como a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de los cinco continentes y, obviamente, a los Superiores de los dicasterios de la Curia Romana, directamente afectados.

Una consulta tan extensa y diversificada era necesaria para conocer el pensamiento de las personas interpeladas —representación completa de la Iglesia y de la Curia Romana— sobre: los criterios seguidos en la revisión, la nueva tipología sim-

plificada de los organismos de la Curia, su denominación y estructura, su índole pastoral, colegial y subsidiaria, que surgen del conjunto del nuevo planteamiento, la exigencia de una estrecha vinculación entre la Curia Romana y las Conferencias episcopales y de una necesaria coordinación entre los mismos dicasterios. Como se ve, se trata de problemas de naturaleza teológica —especialmente eclesiológica—, y además pastoral, jurídica, práctica, que se unen unos con otros y se entrecruzan para formar la fisonomía de este secular organismo del que se sirven los Romanos Pontífices en el ejercicio del mandato apostólico, recibido de Cristo Señor y transmitido a Pedro y a sus Sucesores hasta el fin de los tiempos.

La decisión de una *renovación* de la Constitución Apostólica "Regimini Ecclesiae universae" fue tomada ya por mi predecesor Pablo VI, lúcido y penetrante conocedor de la Curia Romana. Tal decisión fue consecuencia lógica del Vaticano II, como ha subrayado ya. Además, después de la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico hay ahora premisas todavía más inmediatas para una nueva elaboración del documento.

EL CARACTER PASTORAL DEL MINISTERIO DE PEDRO Y SUS COLABORADORES

4. Estamos en la línea del Concilio. Efectivamente, las propuestas de los padres sobre la renovación de la Curia Romana después de las conocidas discusiones en las Congregaciones Generales 60-63, aprobaron el n. 9 del Decreto *Christus Dominus* que dice: "En el ejercicio de su potestad suprema, plena e inmediata sobre la Iglesia universal, el Romano Pontífice se vale de los dicasterios de la Curia Romana, los cuales, por lo tanto, cumplen su función en nombre y por autoridad del mismo Pontífice, para bien de las Iglesias y en servicio de los sagrados Pastores.

Sin embargo, los "padres del Sacrosanto Concilio desean que estos dicasterios, que han prestado ciertamente ayuda excelente al Romano Pontífice y a los Pastores de la Iglesia, sean sometidos a nueva ordenación acomodada a las necesidades de los tiempos, regiones y ritos, señaladamente en lo que se refiere a su número, nombre, competencia y modo peculiar de proceder, y a la coordinación entre sí de los trabajos" (*Christus Dominus*, 9).

Según esta definición, la Curia aparece como un "instrumento" y una "ayuda al Romano Pontífice". Tiene, por tanto, un carácter instrumental que configura su noción y justifica su razón de ser. Hace referencia al Papa y de él recibe el poder; y en la identidad de miras con él reside su fuerza, sus límites y su código deontológico.

Pablo VI la definió, en 1963, dos años antes de la promulgación del Decreto *Christus Dominus*: "Órgano de inmediata adhesión y absoluta obediencia, del cual se sirve el Papa para cumplir su misión universal". Su potestad es vicaria y, como tal, debe estar en sintonía continuamente con la voluntad de aquel *cutus vices agit*, en la búsqueda de una interpretación absolutamente fiel. En esta perspectiva se ve cuán aberrantes son esas concepciones que pretenden oponer la Curia al Papa, como si se tratase de otro poder paralelo o de una especie de diafragma que obstaculiza o filtra la solicitud pastoral del Papa.

El Romano Pontífice —nos dice también el Decreto *Christus Dominus*— se sirve de los dicasterios de la Curia "in exercenda suprema, plena et inmediata potestate in universam Ecclesiam". Son las clásicas palabras del Concilio Vaticano I,

reproducidas en el Concilio Vaticano II (*Lumen gentium*, 22). Aquí se trata únicamente de la potestad primacial del Papa, a él personalmente conferida.

El ministerio de Pedro es, sin embargo, fundamentalmente un servicio a la unidad, como afirma la *Lumen gentium*: "... para que el mismo Episcopado fuese uno solo e indiviso, puso al frente de los demás Apóstoles al bienaventurado Pedro e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión" (*Lumen gentium*, 18). Esta unidad es un don maravilloso del Espíritu Santo que debe conservarse, defenderse, tutelarse, promoverse, construirse continuamente con la preciosa colaboración, sobre todo de quienes, a su vez, son el "fundamento y principio visible de unidad en sus Iglesias particulares" (*Lumen gentium*, 23). La cooperación que la Curia Romana presta al Romano Pontífice se inserta, esencialmente, en este servicio a la unidad. Se trata ante todo de unidad de fe, la cual permanece como su insustituible fundamento, de caridad, pero también de disciplina; unidad que no teme la diversidad, sino que más bien se enriquece continuamente con la inmensa variedad de los dones que el Espíritu Santo hace a las Iglesias para que no se conviertan en tendencias aislacionistas y centrifugas y se armonicen en la unidad fundamental de la Iglesia universal.

La misión de Pedro es también "confirmare fratres" y esto comporta un continuo cuidado de custodiar, enseñar, declarar la *recta fides*, así como sostener a los hermanos obispos en su *munus* de *fidei magistri et doctores*, cosa que puede requerir a veces concretas medidas e intervenciones.

El ejercicio del *munus* petrino realizado con la colaboración de la Curia comporta una grande y variada red de relaciones con las Iglesias particulares, como el flujo vital en un único organismo. En estas relaciones entre Iglesia universal e Iglesias particulares, entre Curia Romana y obispos diocesanos, pueden quizás surgir tensiones, debidas a veces a una imprecisa e insuficiente comprensión de los respectivos ámbitos de competencia.

Puesto que el Obispo de Roma es "Pastor de toda la Iglesia" (*Lumen gentium*, 22), su ministerio supremo es eminentemente pastoral; por eso la acción de la Curia debe ser expresión clara de su servicio pastoral.

La pastoralidad debe ser la cualidad inequívoca de la Curia Romana.

A la luz de estos principios y concretamente de este de la pastoralidad, la Curia debe realizar todas aquellas tareas de la Iglesia en nuestro tiempo que se han ido manifestando poco a poco a la luz del Vaticano II. Los pasos concretos dados en relación con esta constatación por Pablo VI o con posterioridad al año 1978, han tenido este único fin. Recuerdo la creación del Secretariado para la Unión de los Cristianos y de los otros Secretariados, así como la de los demás organismos postconciliares; entre ellos, cito el "Consilium pro Laicis" y, junto a él, el Comité para la Familia: este último organismo, con el trasfondo de la compleja y múltiple problemática suscitada por la situación actual del matrimonio y de la familia —como, por ejemplo, se manifestó con motivo del Sínodo de 1980—, debía convertirse en un organismo aparte y "especializado". De modo análogo se procedió a la creación del Pontificio Consejo para la Cultura, teniendo en cuenta los aspectos delicados que presenta el mundo de la cultura de hoy y los desafíos que plantea a la evangelización.

LA REVISION DE LA CONSTITUCION APOSTOLICA " REGIMINI ECCLESIAE UNIVERSAE "

Después, recientemente —en el ámbito del Consilium pro Laicis—, esta Sede Apostólica ha querido ocuparse de modo más funcional y especializado de la asistencia a los agentes de la "pastoral sanitaria", que forman un grupo de profesionales muy importante desde el punto de vista de la vocación cristiana ante los problemas complejos y gravísimos de la vida y de la responsabilidad ante la vida misma.

5. Para considerar esta amplia materia tenemos ahora ciertamente a disposición un tiempo no muy amplio. Pero utilizándolo convenientemente, podremos ciertamente alcanzar el objetivo propio de esta reunión plenaria de los cardenales, siendo así que todos vosotros, sea individualmente o en el ámbito de las respectivas Conferencias Episcopales a las que pertenecéis o presidís, sea como responsables de los diferentes dicasterios de la Curia Romana, habéis manifestado ya vuestros pareceres y vuestras propuestas.

Por el programa recibido habéis podido ya conocer los pormenores de la organización respecto al desarrollo y a las normas de trabajo de esta sesión. De la ejecución rápida y puntual de las normas de acción allí descritas dependerán la eficacia y los frutos de estas jornadas intensas y fecundas.

EL PASADO MILENARIO DEL COLEGIO CARDENALICIO

6. Venerables y amadísimos hermanos:

Recuerdo de nuevo el pasado milenario y los méritos del Colegio de los Cardenales, que, en la validez y en el significado del servicio prestado al *munus petrinum*, encuentra la justificación teológica para el ejercicio de sus funciones: de las del pasado y de las actuales, para el tiempo en que vivimos.

San Pedro Damián definía a los cardenales "spirituales Ecclesiae universalis senatores" (PL 145, 540). Y mi predecesor Sixto V subrayaba que se les convocaba para que, con el Romano Pontífice, "communis Pater et Pastor", "tanti ponderis molem atque onus populorum sustineant, et pro animarum salute, pro fide, pro iustitia, pro unitate assidue invigilent ac laborent, qui, circa ipsum universali Ecclesiae serviendo, singularum Ecclesiarum commoditatibus se impendant, quorum consilio idem Pontifex agenda disponat" (Const. Postquam: Bullarium Romanum 4, IV, 279 ss.).

Son palabras de hace cuatro siglos, pero expresan también el afán pastoral del servicio, al cual nos llama la responsabilidad de hoy.

Al cumplimiento de estos objetivos quiere precisamente esta reunión plenaria que hoy —en el nombre de Dios— comenzamos.

EL PERFIL Y LA ACCION DE LOS PASTORES DE LA IGLESIA

ALOCUCION DEL SANTO PADRE A LA CONFERENCIA EPISCOPAL REUNIDA EN EL CONVENTO DE LAS RELIGIOSAS DE NUESTRA SEÑORA DE TER EEM DE AMERSFOORT, MARTES 14 DE MAYO

Venerables hermanos:

COLEGIALIDAD AFECTIVA Y EFECTIVA

1. Permanece vivo en mi espíritu el recuerdo de los días del Sínodo Particular, que se celebró al comienzo de 1980, y el sucesivo encuentro que pude tener con el Episcopado holandés con ocasión de la visita "ad Limina".

Vengo, en cierto modo, a devolver esas visitas y vengo con el corazón colmado de afecto fraterno. Mi corazón —creo que puedo decir con San Pablo— "está totalmente abierto para vosotros; no estáis al estrecho en nosotros" (2 Cor 6, 11s.). Por lo demás, estoy seguro de poder contar con vuestro afecto para conmigo. Efectivamente, sabemos que formamos entre nosotros un organismo unitario.

En nuestras personas, gracias al misterioso designio que nos ha conferido nuestras respectivas misiones en la Iglesia, se refleja la imagen de aquel Colegio de los Apóstoles reunidos en torno a Pedro y bajo su guía, al cual el Señor Jesús quiso confiar el gobierno pastoral de su Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 20 y 22). Quiera Aquel, a quien el Apóstol Pedro llama "Pastor y Obispo de nuestras almas" (1 Pe 2, 25) y "Pastor de los Pastores" (1 Pe 5, 4) hacer fecunda y bendecir esta manifestación de afectiva y efectiva colegialidad.

EL CARISMA Y EL EJEMPLO DE SAN SERVACIO: SENTIDO MISIONERO

2. Mientras os saludo con el tributo de mi reverente y fraterna estima y me dispongo a estar un rato con vosotros, obispos y pastores, me viene espontáneamente a volver con el pensamiento a las dos grandes figuras de obispos, a los cuales la Iglesia en Holanda está unida con vínculos profundos e inquebrantables.

Servacio se llamaba el primero de estos hombres insignes. El tuvo el carisma de los fundadores de Iglesia, es decir, el de abrir el surco para las primeras siembras y echar los fundamentos del edificio. Llegó del lejano Oriente para consagrarse a una misión que ni siquiera imaginaba y, aún más, en tierras para él desconocidas.

Así, de su servicio episcopal se irradia un aspecto que no puede faltar, de uno u otro modo, en el ministerio de cada obispo: el sentido misionero, o sea, la plena disponibilidad a ir a un campo de trabajo, que se acepta como propio, aunque en cierto sentido aparezca extranjero, porque está marcado por el secularismo y la desecristianización. Grandes porciones de Europa se están convirtiendo en territorios de misión, que exigen de los obispos generoso espíritu misionero, no artellado al calor de la casa episcopal, sino siempre en camino para ir al encuentro de los hombres, a fin de llevarles el Evangelio de la salvación: éste es el perfil de Pastor que *Servacio* sugiere a los obispos de hoy.

De indicios biográficos y por referencias históricas atendibles surge la figura de este Pastor implicado en la ardua batalla encendida en la Iglesia por la herejía arria-

na. Fiel al gran Atanasio en los momentos más duros de la lucha por la fe, a pesar de alguna momentánea vacilación y menos vigor y claridad, se recupera prontamente y vuelve a confirmar su disposición para proclamar y defender con perfecta claridad la doctrina de la Iglesia.

EL TESTIMONIO DE SAN WILIBRORDO: TALANTE PASTORAL

A más de un milenio y medio desde los tiempos en que vivió Servacio, ¿acaso no es verdad que su testimonio conserva todavía toda su fuerza? ¿Qué obispo no tiene la sensación de tener que aprender de él a ser vigilante, claro y preciso, en proponer y defender la verdad revelada de la cual la Iglesia es depositaria? ¿Y qué obispo no querrá sacar del ejemplo de este antiguo hermano renovada valentía para cumplir la misión del anuncio íntegro y puro de la verdadera fe?

3. La otra figura episcopal que está ante nuestros ojos es la de Wilibrordo, que vivió casi cuatro siglos después de Servacio. También él vino de lejos, de su Northumbria natal. De la abadía de Ripon, donde "statim ablaetus" (según Alcuino), entró como novicio y del monasterio de Rathmelsigi (Mellifont), en Irlanda, donde se había formado en la escuela de grandes monjes como Egbert.

En el otoño del 690 lo vemos arribar, siendo joven sacerdote, a Frisia, campo que el Papa Sergio I le confió a él y a algunos compañeros, para que desarrollasen allí un trabajo misionero. Y precisamente teniendo en cuenta su incansable trabajo, el Papa, el 21 de noviembre del año 695, lo constituyó arzobispo de esas extensas regiones. Viajó sin descanso predicando, bautizando, formando comunidades. Recorrió Frisia, Fiandra, Campine, Luxemburgo con las riberas del Rhin y Zelanda, estableciendo su sede episcopal primero en Amberes; luego, en Utrecht y en Echternach.

La imagen que de él nos queda es la de Pastor cuyo apego a la vida monástica—silencio, mortificación, oración—no servía de obstáculo, sino de motor para una celosa e incansable actividad apostólica y pastoral.

Características, igualmente significativas, de esta actividad son, como han observado los biógrafos:

- la capacidad de poner de propia existencia, el lenguaje, el ministerio en perfecta sintonía con el ambiente y las personas de Frisia sin recortar, por ello, en lo más mínimo el mensaje del Evangelio que les llevaba, ni mimetizar su fisonomía de discípulo de Cristo;

- el celo y la apertura con que siempre supo dirigirse, tanto a los más sencillos y humildes como a los sabios y poderosos;

- el sentido de la organización con el que supo dar un rostro a la Iglesia de la que fue Pastor (a él se le atribuye el recurso a los obispos auxiliares, como ayuda en el desempeño de las tareas pastorales);

- la paternidad que no estaba desunida de austeridad personal; la inflexible devoción a la Sede de Pedro;

- la ponderación unida a la valentía y a la tenacidad en las grandes empresas evangelizadoras, virtudes propias del hombre de gobierno.

Estas características conservan también hoy toda su actualidad. Efectivamente, son las virtudes que cada obispo está llamado a expresar sin interrupción en su vida y en su actividad. Dichoso el Pastor que sepa reproducirlas en su persona con coherencia que no admite compromisos.

SERVICIO A LA COMUNION ECLESIAL

4. A la luz de estos perennes modelos de obispo, y como recogiendo algo de sus virtudes episcopales, me resulta espontáneo subrayar los aspectos que los sucesores de Servacio y Wilibrordo consideran signos de su actual servicio episcopal.

Este es, ante todo *servicio a la comunión*. No casualmente los documentos del Vaticano II definen tanto al Pastor universal como a los Pastores de las Iglesias particulares, a base del primordial carisma de ser signos y artífices, promotores y defensores, apóstoles y garantes de la comunión eclesial. Precioso, incomparable, indispensable servicio, éste de la comunión, sobre todo cuando se trata de construir y preservar la unidad en medio de conflictos y fermentos de división y de ruptura.

El recordado Sínodo Particular de 1980 nos dejó a todos nosotros el compromiso de edificar esta comunión. Comunión de propósitos, de programas de los obispos mismos entre sí. Comunión de los obispos con su presbiterio y con cada uno de los presbíteros. Comunión de los Pastores con sus fieles, frecuentemente divididos no sólo por opciones ideológicas o políticas, sino por contrastantes visiones de Iglesia, por mutuas catalogaciones, por posiciones de recíproca exclusión. Comunión de las Iglesias particulares con las Iglesias hermanas en la trabazón de la Iglesia universal, abriéndose al respiro y a la amplitud de lo universal que rompe lo que es demasiado pequeño y cerrado en las experiencias individuales. Y, a este nivel, comunión de los obispos con el Obispo de Roma y con su "ministerium Petri" al servicio de las Iglesias particulares y de la Iglesia universal.

SERVICIO A LA VERDAD

5. Pero la comunión ingénita a la naturaleza de la Iglesia de Jesucristo—nosotros lo sabemos—se forja, existe y perdura solamente en torno a ciertas realidades fundamentales que son el vínculo concreto de esa comunión.

Estas realidades se centran en una persona: Jesucristo, Verbo Eterno hecho hombre, Hijo de Dios e Hijo de María. En torno a Él, a la Verdad que Él es y a la Verdad que Él proclama, se construye la comunión en la caridad.

Por esto, cada obispo es, en su Iglesia, maestro, siervo y testigo de Cristo-verdad; es educador de su grey en la fe que es adhesión a la verdad de Cristo.

El ejemplo estupendo de Servacio y de Wilibrordo como evangelizadores de estas tierras, pone bajo claridad meridiana el "munus docendi" de cada uno de los obispos; es decir, su deber de pensar y actuar siempre como primer responsable del *Kerigma*, esto es, del primero y fundamental anuncio de Jesucristo en medio del creciente desconocimiento de Él en una civilización secularizada; ya sea de la *procreancia* mediante la predicación, especialmente la homilía y la instrucción a varios niveles; ya sea de una *catequesis* fiel en sus contenidos como en los métodos y en el lenguaje; ya sea, finalmente, de la *enseñanza teológica*—y por lo tanto del delicado ministerio de los teólogos—en los seminarios, en las universidades e institutos, en las casas religiosas, etc.

SERVICIO A LA CARIDAD

6. Por lo demás, el Magisterio de la verdad debe realizarse bajo la inspiración y la moción de la caridad. También demostraron y enseñaron esto abundantemente los dos eminentes Pastores cuya figura hemos evocado.

Las fatigas misioneras y pastorales de ambos, vividas con ejemplar coherencia y fidelidad en medio de indecibles dificultades y obstáculos, permanecen como pruebas de un "dilexit in finem" que no tiene otra finalidad sino la de engendrar amor fraterno y comunidades de amor fraterno.

Misión que no puede omitir el obispo es la de "veritatem facere in caritate", de hacer que en la comunidad cristiana, sea cual fuere, la caridad constituya la "suprema lex" bajo cuyo impulso las cosas accidentales que dividen no se impongan jamás sobre las cosas esenciales que unen.

PASTOR, PADRE Y ANIMADOR

7. Con esta luz se delinean en el Maestro los rasgos del Pastor, que es también inseparablemente Padre. La firmeza con que el obispo, sin cesiones ni compromisos, cumpliendo el deber que asumió en su ordenación episcopal, anuncia, enseña y defiende la verdad, encuentra su medida en las "entrañas de misericordia" con que se manifiesta *Padre* que protege y *Pastor* que conduce a los suyos hacia las "verdes praderas".

Padre y Pastor, y no mero administrador o "menager", el obispo lo es totalmente:

- cuando está de verdad cercano a su grey en todas las necesidades, sobre todo en su necesidad de Dios;

- cuando camina juntamente con la grey: delante de ella para enseñarle el camino, para prevenir los peligros, para defenderla de los lobos, para inspirar seguridad. No detrás de la grey, como si se hiciera guiar, proteger y defender él. No separado de la grey, como si no le importase su destino.

- El obispo es Pastor y Padre cuando asume claramente la propia función con la plenitud de las responsabilidades para las que fue ordenado y puesto por el Espíritu Santo;

- cuando se deja guiar sólo por el Sumo y Eterno Sacerdote Jesús;

- cuando se siente unido a los otros Pastores y no desprecia servir de todas las instancias que le pueden ayudar en el exigente servicio que el Señor y la Iglesia le confían, sin abdicar, sin embargo, de sus responsabilidades *personalísimas*;

- cuando encuentra en los varios caminos, abiertos por la Iglesia o que le sugiere su celo, su prudencia, su creatividad, el modo mejor de hacerse cercano a las personas a quienes ha sido dado como Pastor, Padre y Animador.

EL DEBER DE SANTIFICAR A LOS FIELES

8. Finalmente, ¿cómo silenciar un último rasgo que resalta en la luminosa fisonomía de los dos Santos obispos, cuya obra quedará ligada para siempre a la historia de la Iglesia en esta nación? Esta obra profundamente evangelizadora se dirigió sobre todo "ad dandam scientiam salutis" y debemos añadir, "in remissionem peccatorum" (cf. *Lc 1, 77*). En dos momentos históricos diversos, los dos grandes obispos vinieron de lejos para revelar a innumerables hijos de estas tierras el insoslayable misterio de la benignidad y gracia del Dios viviente y para encaminar así a la santidad a todo un pueblo de creyentes.

El Concilio Vaticano II, reanudando la enseñanza constante de la Iglesia, nos ha recordado que el deber de santificar al pueblo —deber intensamente vivido por los dos ilustres Pastores— es la característica de todo obispo. Santificador por medio de

la Palabra que predica, santificador por la fuerza de los sacramentos que administra, por las virtudes evangélicas que alimenta, por la obediencia amorosa al Evangelio que él suscita, por la guía espiritual que él ofrece.

Consistente de esta misión santificadora, el obispo, con su actuación personal y coordinando la de sus colaboradores, consagra todos los esfuerzos posibles para hacer que crezcan en la vocación cristiana todos aquellos a quienes el Supremo Pastor y Sacerdote, Jesucristo, confía a sus cuidados pastorales.

FIDELIDAD AL CONCILIO Y AL SÍNODO

9. Todo lo que os he dicho en este encuentro, venerados y queridos hermanos, como expresión de sincera comunión con vosotros y con vuestro ministerio episcopal, no puede menos de llevarnos con el recuerdo a aquel momento relevante de la vida de la Iglesia en los Países Bajos que fue el Sínodo Particular.

No dudo en decir —y los que estuvieron presentes lo pueden confirmar— que fue un momento de gracia —gracia de comunión, de esperanza, de valentía, de decisión y laboriosidad— en el cual se prolongaba para vosotros y para vuestros fieles la gracia inmensa del Concilio. Es justo mantenerse constantemente fieles a esta gracia y, no sólo poner en práctica las propuestas y conclusiones del Sínodo, sino también el espíritu que lo impregnó, espíritu que continúa latiendo en la letra de las conclusiones, a las que entonces se llegó. Vosotros mismos, los que estuvisteis en el Sínodo, o vuestros predecesores, escribisteis a vuestros sacerdotes y fieles: "Ahora podemos comunicar los resultados y las conclusiones a las que hemos llegado en común y que fueron aceptados y aprobados por el Papa. Ellos nos guiarán para conseguir la construcción y edificación de la Iglesia como comunión en Cristo".

El Sínodo Particular, expresión de auténtica colegialidad, pide, más aún, exige convertirse en norma e inspiración de vida, ante todo para los que, puestos por el Espíritu Santo, rigen la Iglesia de Dios en esta nación, y luego para toda la comunidad eclesial. Que la letra y el espíritu de estas conclusiones, os impulsen, pues, a vivir con gozoso entusiasmo las tremendas y exaltantes exigencias de vuestra misión de "doctores fidei", de padres espirituales, de pastores y guías, de "perfectores" y santificadores para tantos que, abierta o silenciosamente (quizás sin saberlo), esperan de vosotros ayuda válida. Que las mismas conclusiones os estimulen a estar cercanos a vuestros sacerdotes, incitándolos a ser cada vez más fieles a las exigencias de su vocación en la hora presente de la Iglesia en los Países Bajos. Que os estimulen y apoyen en vuestro esfuerzo y en vuestra fatiga con miras a una activa y eficaz promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, de modo que Holanda vuelva a ser una frondosa y providente reserva de ministros y de almas consagradas incluso para el servicio de las misiones *ad gentes*. Y que os guíen también, como valiosa ayuda, en el compromiso de formar numerosos laicos, capaces de corresponder a su carisma de presencia activa en el mundo y de animación de las realidades terrenas con el fermento vivificante del Evangelio. Finalmente, que esas conclusiones mantengan en todos los fieles el espíritu de comunión y de apertura a la Iglesia universal.

Con estos deseos, que confío a la materna intercesión de María, bendigo a todos de corazón.

EL CAMINO DE LA IGLESIA EN EL AÑO 1985

ALOCUCION DEL PAPA A LOS CARDENALES Y PRELADOS DE LA CURIA ROMANA CON OCASION DE LA NAVIDAD, 20 DE DICIEMBRE

Señores cardenales, venerados hermanos:

VIENE JESUS A LIBERARNOS DEL PECADO

1. "Todos los hombres verán la salvación de Dios" (Is 40, 5; Lc 3, 6).

Estas palabras se repiten en el Salmo responsorial de la Misa de hoy, 20 de diciembre y, como toda la liturgia de estos días próximos a la Navidad, vibran con la expectativa por la inminente venida del Señor, llenando de emoción, como cada año, nuestros corazones con el gozo siempre nuevo de esta venida que ha transformado el mundo. Es la certeza de la salvación que ha traído al hombre el Hijo de Dios e Hijo de María Virgen; es la consolación de la visita que el Verbo del Padre hace a la humanidad, finalmente cercana a la liberación del pecado y de la esclavitud del maligno; es la alegría que brota de saber que "apareció la bondad y el amor de Dios, nuestro Salvador, hacia los hombres" (Tit 3, 4).

"Todos los hombres verán la salvación de Dios".

Esta atmósfera la respiramos hoy también nosotros, como siempre, reunidos aquí para intercambiarnos mutuamente las felicitaciones con ocasión de la Santa Navidad y el año nuevo. Doy las gracias al venerado cardenal Decano por sus siempre gratas y expresivas palabras que han interpretado vuestros sentimientos en esta hora de intimidad familiar, en esta pausa de serenidad entre los comu-

nes empeños diarios; y, a través de él, doy las gracias a todos vosotros, comprendiendo en un solo acto de agradecimiento, de afecto, de consideración, como en un abrazo, a los oficiales y colaboradores de los diversos dicasterios de la Curia Romana, del Vicariato de Roma, del "Governatorato" del Estado de la Ciudad del Vaticano. Y doy las gracias desde aquí a los Representantes Pontificios y al personal del servicio diplomático esparcidos por el mundo.

Estoy espiritualmente cercano a todos vosotros, a vuestras familias, especialmente allí donde haya alguna prueba y sufrimiento patente o escondido; cercano al trabajo que prestáis a esta Cátedra de Pedro, cada uno según las propias competencias y las propias funciones. Jesús que nace os colme de sus dones de gracia y de bondad, y os recompense por el servicio que prestáis a su Iglesia. Manifestad estos sentimientos míos a todos los sacerdotes, religiosos y laicos que colaboran con vosotros.

LOS TRES GRANDES ACONTECIMIENTOS ECLESIALES DEL AÑO QUE ACABA

2. La inconfundible característica del momento, propicia a la reflexión bajo el impulso del tiempo que se adentra en el final de otro año, en esta distensión espiritual que la espera de la Navidad hace más fácil y familiar, permite de costumbre lanzar la mirada, como en un balance, a la actividad desarrollada en el año que está para

acabarse. *Ello facilita una verificación, y hace tomar impulso* y aliento para lo que nos espera en el futuro. Las ocasiones de encuentro con vosotros, señores cardenales, que este año se han multiplicado desde las últimas semanas de noviembre hasta la solemnidad de la Virgen Inmaculada, primero por la reunión del Colegio Cardenalicio, después por la celebración de la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, no requieren un análisis detallado de los diversos acontecimientos que se han desarrollado desde la última Navidad o el examen de algún problema específico.

Hay tres hechos, que aparecen ante mis ojos con mayor viveza, en este desandar con el recuerdo del año que camina a su término. Quisiera ahora comentarlos con vosotros: la celebración del Año Internacional de la Juventud; la conmemoración del XI centenario de la muerte de San Metodio con las diversas manifestaciones organizadas para el Año Cirilo-Metodiano; y finalmente el XX aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II, recordada con la reciente convocatoria del Sínodo de los Obispos.

La juventud y los fermentos que ella lleva consigo; la obra evangelizadora de los Santos hermanos de Salónica, con la gran lección que ella ofrece hoy a la acción catequética, pastoral y misionera de la Iglesia en el mundo, para afrontar los grandes problemas del diálogo con las culturas autóctonas mediante la inculturación del Evangelio en cada una de ellas; y la constante profundización del Vaticano II por su irradiación cada vez más madura y amplia en el interior de la Iglesia y en las relaciones con el mundo contemporáneo: he aquí el gran valor de cada uno de estos tres acontecimientos, que han tenido un relieve particular en el curso del año. Si pretendo detenerme de modo especial en ellos no es

sólo para recoger una vez más, y a la luz de un balance, el sugestivo significado, sino ante todo y sobre todo para manifestar mi agradecimiento a la Santísima Trinidad que, con su Gracia, nos ha permitido celebrar estos acontecimientos y vivirlos en toda su plenitud espiritual. *Es Dios quien guía la historia, la historia del hombre y del mundo*: historia que, como sabemos, es sólo y únicamente "historia de la salvación", con un diseño de amor redentor que culmina en la Encarnación del Verbo. *Es El quien guía a su Iglesia* y la hace instrumento privilegiado de su plan de redención. Bajo esta luz, los tres acontecimientos adquieren todo su pleno significado.

LOS JOVENES, PROTAGONISTAS DE LA VIDA ECLESIAL Y ESPERANZA DEL FUTURO

3. 1985 fue proclamado *Año Internacional de la Juventud* por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas. Como está escrito en la Carta Apostólica "A los jóvenes y a las jóvenes del mundo", del 31 de marzo pasado, ello "reviste un significado múltiple ante todo para (ellos) mismos, y también para todas las generaciones, para cada persona, para las comunidades y para toda la sociedad. Esto reviste asimismo un particular significado para la Iglesia en cuanto depositaria de verdades y valores fundamentales, y a la vez servidora de los destinos eternos que el hombre y la gran familia humana tienen en Dios mismo" (n. 1: AAS 77, 1985, 579; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 31 de marzo de 1985, pág. 9).

Este significado ha sido puesto de relieve y desentrañado muchas veces en toda la Iglesia. Y ante todo por esta Sede de Pedro; en efecto, el tema elegido para la XVIII Jornada mundial

de la Paz fue, como es sabido, "*La paz y los jóvenes caminan juntos*"; en el mensaje que dirijo cada año en tal ocasión, he ilustrado la riqueza de los contenidos, el alcance, la responsabilidad que tienen para todos los hombres, y principalmente para los jóvenes y para las jóvenes. Además, ha sido dirigida a ellos la Carta ya mencionada, el Domingo de Ramos de 1985, que caía el 31 de marzo; y precisamente para aquel domingo vinieron a Roma los representantes de la juventud, de los cinco continentes: conservo todavía en los ojos las imágenes del encuentro de aquella asamblea de jóvenes de todas las razas y proveniencias en la plaza de San Juan de Letrán, durante la cual oramos y reflexionamos juntos, con íntima participación de todos los presentes, convertidos en un solo corazón y en un alma sola, hasta las sombras de la noche envolvieron aquella multitud, recogida ante la catedral de Roma. La conmoción vuelve intacta al recordar la procesión y la Misa del domingo siguiente, en el que aquella asamblea de jóvenes — ¡no mas anónima, no número, sino presencia viva y personal! — tomó parte con gozo arrollador y ordenado, en un acto comunitario de amor y de fe a Cristo Señor en la víspera de la conmemoración de su Pasión. Recuerdo con qué entusiasmo aquellos jóvenes hicieron eco a mis palabras: "Que penetre en vosotros profundamente este testimonio que Jesús de Nazaret da de la verdad. En *El está contenida la causa del hombre*: la causa eterna y a la vez última. Jesucristo existe ayer, hoy y siempre. Y la causa del hombre está en *El ayer, hoy y siempre*... Por ello, a este mundo — el mundo del segundo milenio que llega al final — le es necesario continuamente y cada vez más *Aquel que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz*. Cristo es indispensable al

mundo" (Homilía, núms. 7 y 9; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 7 de abril de 1985, pág. 12).

El Señor bendijo aquel encuentro de modo extraordinario, tanto que, para los años sucesivos, ha sido instituida la Jornada mundial de la Juventud, que se celebrará el Domingo de Ramos, con la válida colaboración del Consejo para los Laicos.

Quisiera subrayar además la atención que han dirigido a los jóvenes, este año de modo particular, los Episcopados de todas las naciones del mundo: imposible citar encuentros e iniciativas en los diversos países, tan numerosos han sido. Y la misma respuesta de los jóvenes a las invitaciones que se les han dirigido desde Roma no habría podido ser tan amplia y coral si no hubiera tenido el aliento y el apoyo en las diversas diócesis, obra ello de mis hermanos obispos y de los sacerdotes que les ayudan con generosidad y sacrificio. A estos queridos hermanos en el sacerdocio deseo manifestar públicamente mi agradecimiento conmovido por haber respondido con tanta generosidad a la invitación que les hacía con la tradicional Carta para el Jueves Santo, a dedicar los principales cuidados de su apostolado al ministerio en favor de la juventud, a los encuentros personales, a la catequesis sobre Cristo y su palabra de vida y de verdad, con inmenso celo, inspirado en el ejemplo del Salvador.

La Iglesia debe mirar a los jóvenes viendo en ellos su esperanza: ante todo porque de ellos provienen las vocaciones, que son la garantía de la fecundidad de la Iglesia misma en el tercer milenio. Cuidense las vocaciones sacerdotales y religiosas con amor y predilección, con el amor mismo de Dios: "En efecto, Dios, como escribió Santo Tomas de Aquino, ama de modo

especial a quienes lo sirven desde la juventud" (*Super Ioannem*, XXI, V, 2639).

Pero todos los jóvenes deben sentirse atendidos por la Iglesia: para ello, toda la Iglesia, en unión con el Sucesor de Pedro, ha de sentirse cada vez más comprometida, a nivel mundial, en favor de la juventud, de sus ansias y afanes, de sus aperturas y esperanzas, para corresponder a sus expectativas, comunicando la certeza que es Cristo, la Verdad que es Cristo, el amor que es Cristo, mediante una formación apropiada, que es *forma necesaria y actualizada de evangelización*. Los jóvenes esperan; están desilusionados por demasiados fallos en el plano civil, social y político; juzgan con ojo de claridad y de crítica; al final de este año hay por doquier síntomas de una expectativa más grande, que no debe ser desatendida por la Iglesia, la cual mira a los jóvenes con esperanza y amor.

Cristo busca a los jóvenes, hoy como en el día en que *amó* a aquel joven fijándose en él (cf. *Mc* 10, 21) cuando le interpelaba sobre la vida eterna. La Iglesia siga manteniendo e irradiando con dimensiones planetarias la solicitud y el amor del Corazón de Cristo. Ninguno se eche para atrás. Es necesario ayudar ese crecimiento que he indicado a los jóvenes y a las jóvenes como medio para que "la juventud sea precisamente la juventud" (Carta a los jóvenes, n. 14): crecimiento en edad, en sabiduría, en gracia.

LOS SANTOS HERMANOS CIRILO Y METODIO, SU PROTECCION, SU EJEMPLO Y SU MENSAJE: CONSTRUIR JUNTOS LA COMUNION Y DAR NUEVO IMPULSO A LA ACTIVIDAD MISIONERA BAJO EL ASPECTO DE LA INCULTURACION DEL EVANGELIO

4. El Año Cirilo-Methodiano ha tenido por su parte un profundo y riquísimo contenido, como todos han podido percibir a diversos niveles, en la Iglesia de Europa y de otros continentes, y también en la sociedad civil y en el mundo de la cultura.

Las celebraciones para el XI centenario de la muerte de San Metodio tuvieron como prólogo la Carta Apostólica *Egregiae virtutis* del 31 de diciembre de 1980 (*AAS* 73, 1981, 258-262), con la cual proclamé a los dos Santos hermanos Copatronos de Europa junto con San Benito. Ya León XIII, que extendió su culto a toda la Iglesia, Juan XXIII y Pablo VI, que por diversos motivos quisieron venerarlos en la basílica romana de San Clemente donde está sepultado Constantino Filósofo, muerto en la Urbe, en el 869, habían puesto los fundamentos de tal decisión que afecta a toda la Iglesia, pero especialmente a Europa y a las regiones eslavas.

Ya al comienzo de este año, el 1 de enero, preanuncié el centenario. ¿Cómo no recordar ahora la Misa celebrada en la basílica de San Clemente, el 14 de febrero, con la asistencia de los estudiantes de los Colegios Eclesiásticos de Roma? ¿Y la Carta Encíclica *Slavorum Apostoli*, publicada el 7 de junio, solemnidad de la Santísima Trinidad (cf. *AAS* 77, 1985, 779-813). Bajo esta luz hay que ver también las conmemoraciones que se tuvieron en Djakovo (Yugoslavia) el 5 de julio, y en Velehrad, el 7 de julio, junto a la tumba de San Metodio, con la presencia del cardenal Secretario de Estado en calidad de Legado Pontificio; y, también en esta irradiación de impulso evangélico-misionero para la Iglesia de Europa se colocan tanto el Simposio Eucuménico Europeo, como el VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales

de Europa, que se tuvieron en Roma el pasado mes de octubre, y que culminaron con la concelebración del 13 de dicho mes con motivo del Jubileo de Cirilo y Metodio.

La evangelización de los pueblos eslavos por parte de los dos hermanos de Tesalónica tiene una importancia que afecta de lleno a la vida y a la misión de toda la Iglesia. De la Iglesia entera. De la Iglesia del siglo IX y de la Iglesia del mundo contemporáneo. Efectivamente, son todavía actuales las finalidades que inspiraron la acción evangelizadora de los dos hermanos: "Proclamación de la Palabra, extensión y mantenimiento de la fe, unidad de todos los creyentes en Cristo, confianza en la obra de la gracia divina y entrega pastoral hasta el don de sí" (Homilía del 14 de febrero: AAS 17, 1985, 636).

De estos múltiples componentes de la acción pastoral desarrollada por los dos Santos emergen coordinadas como de su "actualísimo mensaje" dos indicaciones prioritarias. La primera es la validez y la constancia del empeño ecuménico, que precisamente de su ejemplo saca motivo de particular aliento: en efecto, por citar una vez más la *Slavorum Apostoli*, "característica suya fue el amor a la comunión de la Iglesia universal, tanto en Oriente como en Occidente... De ellos procede, también para los cristianos y hombres de nuestro tiempo, la invitación a construir juntos la comunión" (n. 26: AAS 77, 1985, 807).

La segunda indicación es el esfuerzo por la actividad misionera bajo el aspecto de la inculturación del Evangelio, a que he aludido ya. La Iglesia hoy se halla ante desafíos semejantes a los que la sociedad y los hombres presentaron a Cirilo y Metodio; ellos supieron responder con una fuerza de fe y una claridad que deben seguir siendo modelo y aguijón para to-

dos nosotros. Problemas múltiples, en el plano de las ideas, recrudescimiento de laicismos pseudoculturales, miedos del hombre de hoy a perder la propia autonomía e identidad frente a Dios; valoraciones no siempre serenas del patrimonio étnico-cultural que hay que salvaguardar en la obra misionera: todo esto puede a veces llevar al desánimo a aquellos que Cristo ha enviado a evangelizar, a predicar a todas las gentes (cf. Mt 28, 19 ss).

Pues bien, la figura y la obra de los Santos Cirilo y Metodio nos dicen que —como está escrito en la citada Carta Encíclica—, "el Evangelio no lleva al empobrecimiento o desaparición de todo lo que cada hombre, pueblo y nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con unanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la Revelación" (n. 18: AAS 77, 1985, 800).

Es una llamada fuertísima a la esperanza que no defrauda (cf. Rom 5,5), pero también al coraje intrépido de anunciar a Cristo y a los hombres de todos los tiempos, según las líneas indicadas por el Concilio Vaticano II, y explicadas precisamente en dos sesiones del *Synodus Episcoporum* (el de 1974 y el de 1977), a las que siguieron las dos Exhortaciones Apostólicas *Evangelii nuntiandi* y *Catechesi tradendae*. Son consignas bien precisas, confiadas a la Iglesia por el supremo Magisterio del Vaticano II y de la Sede de Pedro.

UN SINODO PARA CELEBRAR, VERIFICAR Y PROMOVER EL CONCILIO VATICANO II

5. ¡El Concilio Vaticano II! Acaba-

mos de revivir juntos aquella experiencia de un nuevo Pentecostés, como la había querido Juan XXIII al convocar el Concilio del siglo XX; y tenemos todavía en el corazón las breves pero intensas etapas de la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, que acaba de concluir: la concelebración del domingo 24 de noviembre; las jornadas de las Congregaciones Generales y de los *Circuli minores*; el Mensaje de los padres sinodales al Pueblo de Dios; la concelebración conclusiva en San Pedro el día de la solemnidad de la Inmaculada y el canto de las Vísperas, con la consagración a María, en la Basílica Liberiana; y la Relación final de la Asamblea.

No es necesario por ello repetir aquí la importancia de esta iniciativa que, volviendo a tomar los temas básicos del Concilio Vaticano II, ha querido ser celebración, verificación y promoción del mismo. Baste sólo destacar que la iniciativa ha sido tomada como un servicio que la Iglesia de Roma, de acuerdo con su vocación, ha querido prestar nuevamente al mundo en el surco trazado hace veinte años por los documentos conciliares; *summa* de la reflexión de la Iglesia sobre su misión esencial de revelar a Dios uno y trino y la encarnación del Verbo a la humanidad.

Es de destacar además que este Sínodo ha sido seguido por todos los componentes de la Iglesia y de la opinión pública del mundo entero con interés superior al dedicado a los otros Sínodos.

Queriendo resumir en síntesis el significado profundo de esta conmemoración-verificación del Vaticano II, se puede decir que —como resalta con evidencia de la Relación final— ha querido dirigirse al tema primario del Concilio: La Iglesia, "sacramento universal de salvación", según la voluntad

de Cristo "luz de los pueblos", se siente cada vez más interpelada por la voluntad de su Fundador, en el amor del Espíritu Santo, a revelar el Padre al mundo; en una palabra, se empeña a fondo en su misión evangelizadora, confiada a Pedro y a sus Sucesores y, *cum Petro et sub Petro*, a los obispos del mundo entero, ayudados por los sacerdotes, para llamar a todos los laicos cristianos a mayor conciencia de su responsabilidad en la vocación al apostolado.

Las etapas salientes de este año que se cierra, y sobre las cuales os he entretenido esta mañana, son otras tantas líneas directrices, son una maduración y una profundización de esta misión: los jóvenes, llamados a "dar testimonio dinámicamente en la vida de la nueva realidad... a participar con la comunidad de la Iglesia en la misión salvífica de Cristo" (Alocución del 30 de marzo de 1985, n. 7); las vetustas Iglesias de Europa, como las del Tercer Mundo, empeñadas en recoger de los métodos pastorales de los Santos Cirilo y Metodio el ejemplo que les impulse a un renovado empeño en el deber primordial de la evangelización a todos los niveles, en el anuncio de la Palabra, en la digna celebración del culto divino, en el esfuerzo de penetración del Evangelio en las antiguas y nuevas culturas; la Iglesia entera, con irradiación diría cósmica, proyectada hacia una nueva evangelización misionera según el impulso que le confirió, *ad intra* y *ad extra*, las consignas del Concilio Vaticano II, recordadas y lanzadas de nuevo por el Sínodo de los Obispos.

LOS TIEMPOS NUEVOS

6. Venerables hermanos, queridísimos hijos:

Ya cercanos a la navidad, a ese tiempo santo en el que meditaremos

cada día con gozo renovado en el misterio de Aquel que, como dice San Agustín, "deos facturus qui homines erant, homo factus est qui Deus erat" —"es decir, Aquel que siendo Dios se ha hecho hombre para hacer dioses a aquellos que eran hombres" (Serm. 192, 1: PL 83, 1012)—, nos infunde una certeza mayor de fe en ver a la Iglesia cada vez más fuertemente consciente de su misión. El año que se concluye ha dado, entre otras cosas, un admirable testimonio de ello en las celebraciones que he evocado hoy con vosotros. Que el año nuevo nos encuentre empeñados en continuar con fe, esperanza y amor esta misión que el Padre nos confía en Cristo, con la

virtud del Espíritu, y que ha iniciado su carrera imparable en aquella noche en la que el cielo se unió a la tierra, y el anuncio de los tiempos nuevos resonó en la bóveda estrellada de Belén, con el coro de los ángeles en el portal: "*Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama*" (Lc 2, 14).

Dios y hombre, tierra y cielo: en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

"Todos los hombres verán la salvación de Dios".

Reiterando las felicitaciones más afectuosas, a todos imparto mi bendición.

LA IGLESIA ANTE EL PORVENIR DE LA FAMILIA

MENSAJE DEL PAPA A LOS OBISPOS DEL NORTE Y DEL CENTRO DE AMERICA Y DEL CARIBE, REUNIDOS EN DALLAS, ESTADOS UNIDOS, PARA UNA SESION DE ESTUDIO

Hermanos obispos del Norte y Centro de América y del Caribe, reunidos en Dallas (Texas):

Me complace grandemente en enviarles un saludo durante su reunión en esta otra sesión de trabajo organizada por el Centro Papa Juan XXIII de investigación y educación médico-moral. Les saludo en el nombre del Señor Jesucristo, y al mismo tiempo quiero dar las gracias a los Caballeros de Colón, cuya generosidad ha hecho posible que ustedes asistan a esta reunión desde diócesis muy distantes de Canadá, Caribe, Centroamérica, México y Estados Unidos. Se reúnen ustedes en calidad de pastores y maestros de la Iglesia, acuciados por el deseo de reforzar su conocimiento y amor a la verdad, agradecidos por esta oportunidad de orar y reflexionar juntos en la unidad de la Iglesia universal en comunión con el Sucesor de Pedro.

En 1980, el Sínodo de los Obispos se reunió en Roma para estudiar la misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo. Fue elegido este tema en respuesta directa a las numerosas peticiones de todo el mundo, de que se estudiaran conjunta y detalladamente los problemas planteados a la familia hoy y la misión de la familia en la Iglesia y en la sociedad. Para responder al Sínodo, basándome en las muchas ideas y sugerencias de los padres sinodales, publiqué al año siguiente la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*.

Esta sesión de trabajo de Dallas es, en cierto sentido, continuación de la obra realizada por el Sínodo de 1980 y elocuente expresión del deseo de ustedes de ayudar, en cuanto obispos, a las familias a desempeñar su función insustituible en la vida y misión de la Iglesia.

Me ha gustado saber que el tema de la Conferencia de este año es "Los obispos y la familia: la Iglesia afronta el porvenir de la familia". Porque ello indica la conciencia de ustedes de la responsabilidad grave de los obispos respecto de la familia, y demuestra que tienen deseo de cumplir esta misión con la mayor eficacia posible. Como dije en la *Familiaris consortio*, "el primer responsable de la pastoral familiar en la diócesis es el obispo. Como padre y pastor debe prestar particular solicitud a este sector, sin duda prioritario, de la pastoral" (n. 73). Confío en que las relaciones y debates de esta sesión de trabajo les servirá de ayuda en la atención pastoral de la familia y les capacitará para iluminar y guiar a los sacerdotes, diáconos, religiosos y a cuantos les ayudan en este trabajo.

A lo largo de estos días, ciertamente, examinarán algunas asechanzas corrientes hoy en la vida familiar, tales como los retos que afrontan los padres al educar a los hijos a la madurez en Cristo, los problemas que afectan a los extranjeros y a las familias de emigrantes, las dificultades de los miembros ancianos de la familia, las

presiones de la sociedad que contribuyen a desintegrar la familia, los males morales que amenazan el amor conyugal y la vida humana desde el momento de la concepción, y muchos otros campos salientes de interés especial. Asimismo estudiarán cómo participa la familia en la vida y misión de la Iglesia, especialmente en la función doble de fomentar el amor y la unión, y promocionar y proteger la vida humana. Puesto que la familia está llamada a ser comunidad de personas unidas por el amor y comprometidas a ser fieles, por lo mismo es fundamento de la unión y estabilidad de la sociedad, y de manera importante construye el reino de Dios en el mundo. Por otra parte, como afirmé en la *Familiaris consortio*, "el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición originaria del Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre" (n. 28).

Como ya saben, durante los últimos años en mis audiencias fui presentando una serie catequética de charlas sobre la teología del cuerpo humano y sacramentalidad del matrimonio, incluyendo una confirmación, análisis y ampliación de las enseñanzas de Pablo VI contenidas en la *Humanae vitae*. Un factor muy importante me movió a emprender esta catequesis, y fue el interés pastoral por la familia y el convencimiento de que el Papa y los obispos pueden prestar el mejor servicio a la familia desempeñando fielmente su papel de maestros en la fe e iluminando a las familias con la Palabra de Dios y con la enseñanza auténtica de la Iglesia. Por lo mismo aliento con gusto esta sesión de trabajo y otras iniciativas parecidas, encaminadas a ayudar a los obispos a enseñar y predicar con más provecho la Buena Nueva.

Me siento cerca de ustedes en la tarea especial que cumplen en cuanto obispos al "anunciar con alegría y convicción la Buena Nueva sobre la familia, que tiene absoluta necesidad de escuchar siempre de nuevo y de comprender cada vez mejor las palabras auténticas que le revelan su identidad, sus recursos interiores, la importancia de su misión en la ciudad de los hombres y en la ciudad de Dios" (*Familiaris consortio*, 86).

El lema de esta reunión indica con acierto que cuando la Iglesia se interesa por la familia, está interesándose por su propio porvenir. Convencido de esto mismo, dije a la Asamblea General de las Naciones Unidas hace seis años: "Deseo expresar el gozo que para cada uno de nosotros constituyen los niños, primavera de la vida, anticipo de la historia futura de cada una de las patrias terrestres actuales. Ningún país del mundo, ningún sistema político puede pensar en el propio futuro de modo diverso, si no es a través de la imagen de estas nuevas generaciones que tomarán de sus padres el múltiple patrimonio de los valores, de los deberes, de las aspiraciones de la nación a la que pertenecen, junto con el de toda la familia humana. La solicitud por el niño, incluso antes de su nacimiento, desde el primer momento de su concepción y, a continuación, en los años de la infancia y de la juventud, es la verificación primera y fundamental de la relación del hombre con el hombre" (n. 21). Nuestros esfuerzos pastorales de obispos por atender a la familia en nuestros días son un modo concreto de contribuir al porvenir de la Iglesia y de toda la humanidad.

Habite de modo creciente el Espíritu Santo en sus mentes y corazones, queridos hermanos, "el Espíritu de verdad que procede del Padre" (*Jn* 15, 26), el que nos ha sido enviado

para guiarnos a la verdad completa (cf. *Jn* 16, 13). Pido gracia y paz de nuestro Señor Jesucristo para ustedes y su pueblo, y en especial para las familias a quienes van a prestar

su ministerio con la Palabra y los Sacramentos.

Vaticano, 16 de enero de 1985.

Joannes Paulus PP. II

JESUCRISTO, CRUCIFICADO Y RESUCITADO, CAMINA A TRAVÉS DE LA HISTORIA DEL HOMBRE, A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD Y DE LAS NACIONES

MENSAJE PASCUAL DEL PAPA "URBI ET ORBI", 1985

1. "Fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato: *padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día*".

Durante el triduo pascual la Iglesia vive de modo particular esta fe que profesa constantemente y que constantemente proclama: "Mors et vita duello confluxere mirando. Dux vitae mortuus, regnat vivus".

2. Las mujeres que fueron al sepulcro, el primer día de la semana, encontraron la piedra removida y escucharon la voz: "*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado*" (*Lc* 24, 5-6).

Por vez primera resonó esta palabra y entró en la historia del hombre, en la que la muerte es ley de la existencia. Los Apóstoles han llevado el testimonio del Resucitado a todo el mundo de entonces. La Iglesia recoge este mensaje apostólico y hoy lo difunde solemnemente "Urbi et Orbi".

3. "*Con vosotros sean la gracia y la paz de parte del que es, del que era y del que viene... y de Jesucristo, el testigo veraz, el primogénito de los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra*". Así habla el Hijo del Hombre en el libro del Apocalipsis. "Yo soy el primero y el último, el viviente, que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno" (*Ap* 1, 4-5, 17-18).

4. Jesucristo, crucificado y resucitado, camina a través de la historia del hombre, a través de la historia de la humanidad y de las naciones.

Las generaciones, al amanecer del domingo de Pascua, están ante la tumba vacía y escuchan desde hace ya casi dos mil años el mismo mensaje apostólico: "*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado*".

5. Ante las tumbas, la humanidad siempre se interroga. Lo hace, sobre todo, cuando las tumbas son el legado del huracán de violencia y destrucción de las guerras.

La memoria vuelve espontáneamente a la situación de hace cuarenta años, cuando en Europa, Asia y en otros continentes terminaba la segunda guerra mundial, desencadenada por una absurda ideología imperialista.

Durante más de cinco años la humanidad había vivido una experiencia horrorosa:

— decenas de millones de hombres muertos cruelmente en los frentes militares, ciudades arrasadas, hecatombes de aviones y naves, poblaciones asoladas por el ham-

brey y las privaciones;

— otras decenas de millones de seres humanos diezmados y extenuados en los campos de concentración, el pueblo hebreo conducido al exterminio, y, finalmente, la aterradora experiencia de las primeras explosiones nucleares.

6. También hoy la humanidad se pregunta sobre el *sentido de aquellas víctimas*. Sobre todo no puede olvidar a los hombres y a las mujeres que, en cada país, dieron la vida "in sacrificio" por la causa justa, la causa de la dignidad del hombre.

Ellos afrontaron la muerte como víctimas inermes, ofrecidas en holocausto, o defendiendo con las armas su libre existencia. Resistieron no para oponer violencia contra violencia, odio contra odio, sino para afirmar un derecho y una libertad para sí mismos y para los demás, aun para los hijos del que entonces era opresor. Por esto fueron mártires y héroes. Esta fue su *resistencia*.

De igual modo se comportaron los pueblos que habían sido atacados. Defendieron su libertad e independencia, su derecho a existir en nombre de un justo orden internacional en Europa y en el mundo. El 2 de junio de 1945 Pío XII proclamaba el solo que las naciones, especialmente las pequeñas y medianas, que habían soportado tantos sacrificios "para destruir el sistema de la violencia brutal". reclamaban que se les concediera "tomar en sus manos los propios destinos", mientras todos los pueblos aspiraban a una paz que hiciera desaparecer del mundo toda opresión o hegemonía de la fuerza.

7. Bajo el impulso de estas aspiraciones, las Naciones Unidas se comprometieron mediante un pacto solemne "a salvar las generaciones futuras del flagelo de la guerra y reafirmaron, con la Declaración universal y otros documentos internacionales, los derechos fundamentales de todos los hombres y de todas las mujeres, así como de las naciones grandes y pequeñas. Intentaban eliminar de esta manera la verdadera raíz de la guerra, que nace de la violación de los derechos de los hombres y de los pueblos, e infringe el justo orden social.

La tutela de los derechos fundamentales de los hombres y de los pueblos es la vía sobre la que camina la Iglesia. Hace 40 años Pío XII la indicó como la base para "una nueva organización de la paz"; Juan XXIII la volvió a afirmar vigorosamente en la "Pacem in terris"; Pablo VI la propuso en diversas ocasiones y mensajes.

Se trata de los derechos y de las libertades que yo sentí el deber de enumerar en mi discurso del año 1979 a la ONU, porque forman parte de la "conciencia general de la dignidad del hombre".

8. Hace cuarenta años finalizó la guerra. La paz, como fruto de un orden justo, ¿se ha afirmado verdaderamente? ¿La paz basada en el respeto real —no sólo de la letra, sino del espíritu— de los derechos del hombre y de las naciones?

Con dolor se debe reconocer que muchos son todavía los lugares, en el mapa del mundo, donde

—los derechos humanos son negados o violados en las formas más duras de opresión;

—los lugares de tortura, los campos de segregación o de trabajo inhumano siguen provocando víctimas innumerables, a menudo silenciadas u olvidadas;

—millones de niños, hombres y mujeres son dejados morir por causa de la carestía, sequía o desnutrición;

—naciones esperan que sus derechos soberanos sean reconocidos, porque no los han recuperado o porque los han perdido;

—ideologías, que inculcan el odio, la violencia, la prepotencia, no cesan de enga-

ñar o intoxicar a los pueblos;

—la carrera de armamentos aumenta la amenaza de la destrucción total; —numerosas guerras, de diversa extensión y duración, pero con un poder destructor cada vez mayor, siguen sembrando ruinas y ensangrentando diversas regiones del mundo.

9. La Iglesia vive del mensaje de paz que proviene de Cristo.

"La paz sea con vosotros" es el saludo y el deseo de Jesús resucitado a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo.

Con este saludo y con este deseo la Iglesia se dirige a todos los hombres. Se dirige particularmente a los jóvenes, en este Año Internacional de la Juventud, porque "la paz y los jóvenes caminan juntos".

10. El pasado domingo me he encontrado con centenares de miles de jóvenes, y ha quedado grabada en mi corazón la imagen alegre de su entusiasmo.

Al expresar el deseo de que esta experiencia maravillosa pueda repetirse en los próximos años, dando lugar a la Jornada mundial de la Juventud en el Domingo de Ramos, confirmé mi convicción:

A los jóvenes les espera una tarea difícil, pero entusiasmante:

la de transformar los "mecanismos" fundamentales que, en las relaciones entre los individuos y las naciones, favorecen el egoísmo y la opresión, y la de hacer nacer nuevas estructuras, inspiradas en la verdad, la solidaridad y la paz.

Recuerden, sin embargo, los jóvenes que para llegar a cambiar las estructuras, es necesario ante todo cambiar los corazones.

La paz nace del corazón del hombre y muere en el corazón del hombre.

11. Cristo, sólo El, que conoce el corazón del hombre, puede darle un corazón nuevo, capaz de abrirse al hermano, en la libre gratuidad del amor.

A Cristo ha de dirigirse, pues, la humanidad contemporánea para acoger su mensaje de liberación y de paz.

En El, primogénito de una humanidad nueva, en la que ya actúa la fuerza de la resurrección, los pueblos pueden poner su esperanza para una era de justicia, de verdad y de paz.

Así habla el Hijo del Hombre en el libro del Apocalipsis:

"Yo soy el primero y el último, el viviente, que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno" (Ap 1, 18).

EL AMOR, LA LLAMADA Y EL MANDATO DE CRISTO A LOS JOVENES

MENSAJE DEL PAPA PARA LA JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONES, QUE SE CELEBRARA EL IV DOMINGO DE PASCUA, 28 DE ABRIL

Venerados hermanos en el Episcopado, queridos hijos e hijas de todo el mundo:

1. La XXII Jornada mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará como todos los años, el

IV domingo de Pascua, es una ocasión en la que, como Pastor de la Iglesia universal, siento el urgente deber de exhortar a todos los bautizados a colaborar con la oración incesante y la acción pastoral en la promoción de las vocaciones sacerdotales, de las vocaciones a la vida consagrada en sus múltiples formas, de las vocaciones al compromiso misionero. Es éste un problema vital que se ubica en el corazón mismo de la Iglesia; en efecto, de su solución depende su porvenir, su desarrollo y su misión universal de salvación.

Desde que el inolvidable Pablo VI quiso instituir esta Jornada mundial, los Mensajes pontificios, aunque dirigidos a todo el Pueblo de Dios, han tenido como destinatarios privilegiados a los jóvenes. Esta atención asume en cierto modo una motivación y un significado singulares en este año 1985 que, como es sabido, ha sido proclamado por las Naciones Unidas "Año Internacional de la Juventud".

Es ésta una cita a la cual la Iglesia no quiere faltar. Tiene ciertamente la intención de ofrecer contribuciones y aportes originales relativos a la fe y a los valores cristianos. Numerosas iniciativas han sido ya programadas y otras serán promovidas, tanto a nivel de Iglesia universal como a nivel de Iglesias particulares. Yo mismo he dirigido una invitación a los jóvenes de todo el mundo para un gran encuentro en Roma, el Domingo de Ramos, para proclamar juntos que "Cristo es nuestra paz".

Un vivo deseo mío es que en este año se promuevan, de una forma extraordinaria entre los jóvenes, las vocaciones consagradas. La Jornada mundial es un punto ideal de referencia para una acción más vasta y más incisiva. Y es éste el testimonio específico que las comunidades cristianas esperan de los jóvenes. En esta

perspectiva mi palabra se dirige, en primer lugar, a las nuevas generaciones y, luego, a todos los que tienen responsabilidades pastorales y educativas.

2. *Jóvenes, Cristo os ama!* He aquí el feliz anuncio que no puede menos de llenaros de admiración. Mi mensaje para vosotros no puede ser otro que el mismo del Evangelio: Cristo tiene por vosotros, jóvenes, un amor de predilección y os desafía al amor.

Mi diálogo con vosotros ha conocido ya los caminos del mundo y en todas partes he encontrado jóvenes sedientos de amor y de verdad, aunque agobiados por muchos interrogantes y problemas sobre el sentido de la propia vida.

No es raro, por desgracia, el peligro de caer bajo falsos guías y falsos maestros, que intentan seduciros, abusar de vuestra generosidad e incluso impulsaros hacia actividades que engendran tan sólo amargura y desilusión.

Quisiera ahora preguntaros: ¿Habéis encontrado a Aquel que se ha proclamado el único verdadero "Maestro" (Mt 23, 8)? ¿No sabéis que sólo El "tiene palabras de vida eterna" (Jn 6, 68) y posee las respuestas verdaderas a vuestros problemas?

El amor de Cristo es la fuerza más grande del mundo, es vuestra fuerza. ¿Habéis realizado este maravilloso descubrimiento? Cuando un joven o una joven ha encontrado personalmente a Cristo y ha descubierto su amor, tiene confianza en El, escucha su voz, se decide a seguirlo, dispuesto a todo, incluso a dar la vida por El.

3. *Jóvenes, Cristo os llama!* El amor conoce diversos caminos, pues son diferentes las tareas que El confía a cada uno y a cada una de vosotros. En el ámbito de la vida cristiana todo bautizado ha recibido del Señor su "llamada", y todas las vocaciones

son importantes, todas merecen gran estima y reconocimiento, todas deben ser escuchadas y seguidas con generosidad. Sin embargo, el Señor Jesús, al fundar la Iglesia, quiso instituir ministerios particulares, que El confía a aquellos de entre sus discípulos a quienes libremente elige.

Es así que a muchos de vosotros, a más de cuantos se podría suponer, el Divino Redentor quiere haceros partícipes del sacerdocio ministerial para dar a la humanidad la Eucaristía, para perdonar los pecados para predicar el Evangelio, para guiar las comunidades. Cristo cuenta con vosotros para esta misión maravillosa. Los sacerdotes son necesarios al mundo porque Cristo es necesario.

A muchos de vosotros Jesús os pide dejarlo todo para seguirle a El pobre, casto, obediente. A muchas jóvenes dirige la llamada misteriosa a vivir un proyecto de amor exclusivo a El en la vida virginal.

¿Pensáis a caso que estas llamadas se refieren a otros y no puedan dirigirse, quizá a vuestra persona? ¿Os parecen muy difíciles porque comportan renunciaciones, sacrificios y hasta la entrega de la vida?

Observad la prontitud de los Apóstoles. Observad la magnífica experiencia de miles y miles de sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos consagrados, misioneros que han llegado hasta el heroísmo para dar testimonio a la humanidad de Cristo muerto y resucitado.

Observad la generosidad de miles y miles de jóvenes, que en los seminarios, en los noviciados y en otras instituciones de formación se están preparando a las órdenes sagradas, a la profesión de los consejos evangélicos, al mandato misionero. A todos estos jóvenes vaya mi expresión de aliento y la invitación a proponer a sus coetáneos el ideal que están realizando.

4. *Jóvenes, Cristo os manda!* "Id a todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda creatura" (Mc 16, 15). Estas palabras pronunciadas por el Señor antes de ascender al Padre, las dirige hoy a muchos de vosotros. En el umbral del tercer milenio de la venida de Jesús, una gran multitud de hombres no ha recibido aún la luz del Evangelio y yace en graves condiciones de injusticia y miseria.

El mismo Señor revela desproporción entre las inmensas necesidades de salvación universal y el número insuficiente de sus colaboradores. "La mies es mucha pero los operarios son pocos" (Mt 9, 37); exclamó viendo a las multitudes de todos los tiempos cansadas y agobiadas como ovejas sin pastor. En mis viajes apostólicos a todos los puntos de la tierra, constato cada vez más la actualidad del lamento del Salvador.

Sólo la gracia de Dios, solicitada por la oración, puede colmar esta dolorosa desproporción. ¿Quedaréis indiferentes escuchando el grito que sube de la humanidad? Os exhorto a orar y también a ofrecer vuestras personas, si el Dueño de la mies quisiera enviaros como operarios a su mies (cf. Mt 9, 38).

Poneos en primera fila entre aquellos que están prontos a dejar la propia tierra para una misión sin fronteras. A través de vuestras personas Cristo quiere llegar a la humanidad entera.

5. Mi mensaje se dirige ahora a todas las comunidades cristianas, porque todas tienen responsabilidad ante los jóvenes. En particular me dirijo a vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, y a cuantos comparan con vosotros tareas específicas pastorales y educativas: presbíteros, personas consagradas, animadores vocacionales, padres de familia, catequistas, docentes, educadores.

En este año dedicado a los jóvenes tomemos nueva conciencia de lo que ellos representan para la Iglesia.

Recordad: *¡Servir a los jóvenes es servir a la Iglesia!* Es una tarea prioritaria, a la cual a menudo deben subordinarse y orientarse otras tareas, empeños, intereses.

Amad a los jóvenes como Cristo los ama. Concedlos y daos a conocer a ellos personalmente. Id hacia ellos, pues a menudo no vendrán espontáneamente.

Haceos sobre todo instrumentos valerosos de la llamada que el Señor dirige a los jóvenes.

La pastoral juvenil de base sería incompleta si no se abriera también a las vocaciones consagradas. Lo ha recalcado con fuerza también el documento conclusivo del II Congreso internacional para las Vocaciones (cf. n. 42), que de nuevo recomiendo a vuestra atención.

La Iglesia ha recibido de Cristo el derecho y el deber de llamar y proponer las vocaciones consagradas: no para imponer carismas y ministerios a quien no los ha recibido del Espíritu Santo, sino para revelar el proyecto de Dios inscrito en el corazón de tantos jóvenes, a menudo sofocado por las circunstancias ambientales. Por su parte los jóvenes y las jóvenes tienen el derecho y el deber de buscar ayuda para descubrir y vivir la llamada de Dios.

Que el Año Internacional de la Juventud vea multiplicarse los esfuerzos también en este sentido. Que la Jornada mundial sea sobre todo un momento fuerte de oración por una nueva fecundidad vocacional.

6. En comunión con todos los jóvenes del mundo, elevamos nuestra oración al Dueño de la mies para que multiplique los operarios del Evangelio. en la certeza que querrá escuchar la oración que el Señor

Jesús nos ha ordenado expresamente hacer:

"Dios nuestro Padre, te confiamos los jóvenes y las jóvenes del mundo, con sus problemas, aspiraciones y esperanzas. Vuelve hacia ellos tu mirada de amor y hazlos operadores de paz y constructores de la civilización del amor.

"Llámalos a seguir a Jesús, tu Hijo. Hazles comprender que vale la pena dar enteramente la vida por Ti y por la humanidad. Concédeles generosidad y prontitud en la respuesta.

"Acoge, Señor, nuestra alabanza y nuestra oración también por los jóvenes que, a ejemplo de María, Madre de la Iglesia, han creído en la palabra y se están preparando a las órdenes sagradas, a la profesión de los consejos evangélicos, al empeño misionero. Ayúdalos a comprender que la llamada que Tú les has dado es siempre actual y urgente. Amén".

En la confiada esperanza de que el Señor no dejará de escuchar la oración de la Iglesia por las vocaciones, imparto de corazón a vosotros, venerados hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a todo el Pueblo de Dios y, en particular, a los jóvenes y a las jóvenes que han acogido generosamente la llamada divina, la bendición apostólica, propiciadora de abundantes favores celestiales.

Vaticano, 25 de enero de 1985.

LAS COMUNICACIONES SOCIALES PARA UNA PROMOCION CRISTIANA DE LA JUVENTUD

MENSAJE PARA LA JORNADA SOBRE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo, hombres y mujeres que sentís profundamente la causa de la dignidad de la persona humana y, sobre todo, vosotros jóvenes del mundo entero, que tenéis que escribir una nueva página de historia para el 2.000!

1. La Iglesia, como todos los años, se prepara a celebrar la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales. Una cita de oración y de reflexión, a la cual debe sentirse convocada toda la comunidad eclesial, llamada al anuncio y testimonio del Evangelio (cf. *Mc* 16, 15), a fin de que los *mass-media*, con la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, puedan contribuir verdaderamente a la "actuación de la justicia, de la paz, de la libertad y del progreso humano" (*Communio et progressio*, 100).

El tema de la Jornada —"Las comunicaciones sociales para una promoción cristiana de la juventud"— está en sintonía con la iniciativa de las Naciones Unidas, que han proclamado 1985 "Año Internacional de la Juventud". Los medios de comunicación social, "capaces de extender casi hasta el infinito el campo de escucha de la Palabra de Dios" (*Evangelii nuntiandi*, 45), pueden en efecto ofrecer a los jóvenes una notable contribución para realizar, mediante una elección libre y responsable, su vocación personal de hombres y de cristianos, preparándose de este modo a ser los constructores y los protagonistas de la sociedad de mañana.

2. La Iglesia, con el Concilio Vaticano II, del que celebramos este año el XX aniversario de la clausura, y después con el Magisterio sucesivo, ha reconocido claramente el gran relieve de los *mass-media* en el desarrollo de la persona humana: en el plano de la información, de la formación, de la maduración cultural, además de la diversión y del empleo del tiempo libre. Pero ésta ha precisado también que se trata de *instrumentos* al servicio del hombre y del bien común; *medios* y no *fines*.

El mundo de la comunicación social se encuentra hoy sometido a un desarrollo tan vertiginoso cuanto complejo e imprevisible —se habla ya de la *época tecnorrónica*, para indicar la creciente interacción entre tecnología y electrónica— y afectado por no pocos problemas, conexos con la elaboración de un *nuevo orden mundial* de la información y de la comunicación, en relación con las perspectivas abierdas mediante el empleo de los satélites y la superación de las barreras del éter.

Se trata de una revolución que, no sólo comporta un cambio en los sistemas y las técnicas de comunicación, sino que afecta a todo el universo cultural, social y espiritual de la persona humana. Esta, en consecuencia, no puede responder simplemente a unas propias reglas internas, sino que debe obtener los propios criterios de fondo de la *verdad del hombre y sobre el hombre*, formado a imagen de Dios.

Según el *derecho a la información*, que todo hombre posee, la comunicación debe responder siempre, en su contenido, a la verdad y, en el respeto de la justicia y de la caridad, debe ser íntegra. Lo cual es válido, con mayor razón, en el momento de dirigirse a los jóvenes, a aquellos que se están abriendo a las experiencias de la vida. Sobre todo, en este caso, la información no puede quedar indiferente